

Alicia E. Walter



# *Catalina Lutero*

**Monja liberada**

Vertido al castellano por: Martha Huebner de Dubke

El Faro S.A. México, Distrito Federal, 1984.

De uso interno en el ámbito de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina. Versión digitalizada para distribución gratuita. Se hicieron todos los esfuerzos legítimos para conseguir los derechos de publicación de sus previos dueños sin obtener respuesta a la solicitud.

## TABLA DE CONTENIDO

<b>Capítulo</b>	<b>Página</b>
Presentación	3
I. El Convento en Nimbschen	4
II. Desilusión y huida	6
III. Nueva vida en Wittenberg	10
A. La escena social	10
B. El primer amor de Catalina	11
C. Lutero: consejero y novio	12
D. La boda	13
E. La celebración pública	14
F. La voz del crítico	14
IV. El lucero del alba de Lutero	17
V. El círculo familiar de la casa parroquial	19
A. Orgullo paternal	19
B. De la felicidad a la tristeza	20
C. La felicidad regresa	21
D. Otros hijos	21
E. La vida familiar	21
F. La familia extendida	22
VI. Dificultades y tribulaciones	26
VII. El otoño del matrimonio	28
VIII. La separación	31
A. Testamento de Lutero	32
B. Últimos días de Lutero	34
C. El entierro de Lutero	35
IX. Los años de soledad	37
A. Las miserias de la guerra	38
X. La cita con el destino en Torgau	41
Bibliografía	43

# PRESENTACIÓN

Este libro viene a llenar el hueco que existía sobre la vida de Catalina von Bora, de Lutero, ya que poco se ha escrito sobre ella.

Ex monja del Convento del Trono de María. Catalina fue posteriormente la digna esposa del eminente Dr. Martín Lutero, iniciador de la Reforma, quien junto con Calvino y Melanchton figuran como fundadores del Protestantismo.

Fue monja durante siete años y medio, habiendo mostrado una conducta ejemplar. Cuando abandonó el Convento lo hizo siguiendo la voz de su conciencia. El hecho de que saliera del Convento no significó que se alejaba de Dios, pues lo siguió venerando toda su vida y supo conjugar este amor con el que profesó a su esposo, hijos y prójimo.

Contrajo matrimonio el 13 de junio de 1525, a los 26 años de edad, después de haber vivido fuera del Convento por dos años.

Aun cuando en aquellos tiempos no era tan común como hoy en día que las mujeres tomaran parte en asuntos intelectuales, Catalina, respaldada por su esposo, llegó a tomar parte en algunas de las reuniones que Martín efectuaba en su casa y a las cuales estaban invitados estudiantes y eruditos para tratar, entre otros, temas filosóficos y teológicos.

Catalina por lo que se ve, tenía una vida muy ocupada, no estaba sola casi nunca, pero los tiempos cambiaron... ella enviudó y tuvo que afrontar la viudez y la guerra. Esos años difíciles los dedicó a buscar el bienestar de sus hijos. Y si ella, quien murió en 1552, hubiera vivido, como dice este libro, diez años más, hubiera visto a sus hijos convertidos en los hombres que soñó que fuesen.

Alicia E. Walter, la autora, relata con gran sencillez, erudición y amenidad la vida de Catalina. La traductora es Martha Huebner de Dubke y Sabine Herbig de De la Peña hizo las ilustraciones (no están provistas en esta edición electrónica). Martha y Sabine fueron compañeras de escuela en el Colegio La Concordia, Caracas, Venezuela.

La revisión de la traducción la hizo mi suegro, el Dr. Gonzalo Báez-Camargo, Q.E.P.D., y fue una de las últimas labores de su vida. Al concluirla comentó que "Le dio mucho gusto hacerlo, pues es el relato de un hogar pastoral ejemplar digno de ser leído y conocido por toda persona".

Mariana L. Vda. de Báez-Camargo

# CAPÍTULO I

## EL CONVENTO EN NIMBSCHEN

El tranquilo valle de Nimbschen estaba radiante con el calor del otoño y la promesa de una abundante cosecha. El 8 de octubre de 1515, delante de los nueve altares, dentro del convento del Trono de María, la novicia de 16 años Catalina von Bora, hizo arrodillada el solemne voto que la consagró como monja. En una impresionante ceremonia, se le confirió el hábito tradicional del convento. Después de raparle el cabello, recibió la capucha blanca, el cinturón y el velo negro de la orden. Después fue coronada con una corona nupcial simbólica de rosas blancas, mientras abrazaba el crucifijo. Al completar los votos recibió el beso fraternal de la abadesa y de las otras monjas.

Desde muy niña Catalina había sido entrenada para ese momento. La fecha inscrita en un relicario que le regaló después su esposo Martín Lutero, indica que nació el 29 de enero de 1499. Fue la única hija de Hans von Bora de Lippendorf, miembro de la realeza menor, y de Catalina von Haubitz. El nombre "Bora" es de origen serbio y significa "abeto" o "árbol de hoja perenne".

Cuando Catalina era aún muy tierna, murió su madre. Su padre hizo todo lo posible para proveerle la mejor educación. A los cinco años la envió a una escuela conventual benedictina en Brehna. Cuando él se volvió a casar, Catalina fue transferida al convento del Trono de María. Aquí iba a comenzar su entrenamiento para monja, junto con otras niñas de familias aristocráticas del territorio circundante. En este lugar también estaría bajo la comprensiva atención de dos tías: Magdalena, hermana de su papá, monja que enseñaba en la escuela del convento, y la hermana de su mamá, Margarita von Haubitz, que había sido promovida a abadesa del Trono de María. Posiblemente como ventaja adicional, por lo menos desde el punto de vista del papá, fue el hecho de que este convento no exigió la costosa dote frecuentemente exigida en aquellos tiempos por la admisión a un convento.

Junto con las otras novicias, Catalina tenía por delante una vida en la orden cisterciense, dedicada a Cristo y disciplinada según los preceptos de Bernardo de Clairvaux, el fundador de la orden.

El convento del Trono de María, treinta kilómetros al sureste de Leipzig, que sería el "hogar" de Catalina de allí en adelante, no era ni pequeño ni pobre. Era una institución impresionante, fundado originalmente en Torgau en 1250, mudado primero a Grimma, y en 1291 establecido en Nimbschen. Muchos peregrinos eran atraídos por su rica colección de 367 reliquias y sus ofertas de perdón. Catalina y otras monjas recibieron inspiración mediante la veneración de objetos como las astillas de la cuna y de la cruz de Cristo, partículas de la corona de espinas, un trozo de madera de la mesa alrededor de la cual se celebró la Última Cena. Estaban impresionadas por las muestras de tierra de los sepulcros de Jesús y de su Santa Madre, del jardín de Getsemaní, del Calvario y del lugar de la Ascensión de Jesús. Las reliquias de la Santa Madre María incluían trenzas de su cabello y trozos de su velo y de su vestimenta. También había fragmentos de la vestimenta de María Magdalena y de Bernardo de Clairvaux. Pero la más extraordinaria de todas las reliquias, eran dos frascos de la sangre de San Pablo.

En cuanto a sus dones naturales, los edificios de piedra masiva del Trono de María, estaban rodeados de bosques y campos fértiles en un área de agricultura de las más productivas de Alemania. Un inventario de ganadería incluía 57 vacas, 30 caballos, 674 ovejas y 80 cerdos. Todavía en fecha tan reciente como 1530, había disponible una hueste de personal de servicio para que las monjas no tuvieran que realizar trabajo pesado. El personal incluía pastores y pastoras, esquiladores, cer-

veceros, leñadores, molineros, herreros, panaderos y guardianes. Los terrenos del convento proveían de casi todo lo esencial para vivir. Cualquier otro artículo necesario se adquiría de los mercados de los pueblos vecinos de Grimma y Torgau, o de la ciudad más grande, Leipzig.

La rutina diaria de las monjas se desarrollaba de acuerdo con el calendario eclesiástico. Predominaban en él las oraciones y los himnos, prescritos a intervalos regulares desde la mañana hasta la noche. La educación formal se limitaba a la lectura, la escritura, la religión y el latín de la nueva liturgia. El arte del canto en grupo se cultivaba con especial empeño. La costura y el bordado fino se enseñaban y aplicaban en la preparación de los paramentos de la iglesia. Las reglas de la orden se leían cuatro veces al año para impresionar a las monjas con su seriedad. Estas reglas hacían hincapié en la pobreza, la castidad, la obediencia y la meditación en silencio. Aunque esto último no se imponía rígidamente, sí se trataba de desanimar cualquier contacto con el mundo exterior. Las monjas observaban el mundo a través de ventanas con celosías. Había celosías en la iglesia, que separaban el coro de la congregación, y había otras que separaban a la monja de los parientes que la iban a visitar. Las aberturas de la celosía eran tan pequeñas que no era posible que pasara una mano o un pequeño regalo. Durante los años del noviciado y del periodo de prueba, se daba especial atención regularmente al cultivo de la humildad y la sencillez tanto en la apariencia como en la práctica. No se toleraba ningún comportamiento que implicara coquetería.

## CAPÍTULO II

### DESILUSIÓN Y HUIDA

En otra parte de Alemania, no muy lejos de Nimbschen, esos mismos seis años presenciaron grandes cambios. En la Universidad de Wittenberg, Martín Lutero, era miembro, que mucho prometía, de la orden agustina, había recibido su doctorado en teología y había sido nombrado conferenciante especial.

Lutero llegó a Wittenberg en 1508 y asumió sus responsabilidades con gran entusiasmo, pues ésta era la más nueva universidad de Alemania. Mientras buscaba los medios para su propia salvación, iba suscitar preguntas en que repercutían las dudas de muchos de los que estaban en conventos y monasterios como también en puestos seculares... Citas como éstas de sus folletos: "Uno no vive sólo para sí mismo, sino para toda la humanidad"<sup>1</sup>, y "El hijo de Dios libera a aquellos como los monásticos, que se han enclaustrado a sí mismo bajo votos falsos; y por medio de Su gracia alegremente acoge a los que se vuelven a Él y renuncian a sus anteriores votos"<sup>2</sup>, penetraron de una manera u otra en los monasterios por todo el país. Los monjes y las monjas, empezaron a escudriñar con gran interés los escritos de Lutero. En 1522, en la cercana Grimma, el prior y un cierto número de monjes abandonaron el monasterio. Como el prior estaba emparentado con dos monjas de Nimbschen, esta noticia pronto llegó al convento y vino a ser un tema principal de discusión.

Los folletos de Lutero "Sermón sobre las Buenas Obras" y "La Libertad del Cristiano" se infiltraron en el convento del Trono de María alrededor de 1520. Algunos decían que fueron introducidos clandestinamente por ayudantes de la cocina, y otros decían que la abadesa los había traído a su regreso de un viaje fuera del convento. En una muy solemne ocasión todas las monjas se reunieron para oír el decreto emitido por el Papa Leo X:

*León, Obispo, Siervo de los Siervos de Dios:*

*¡Levántate, oh Señor, y juzga tu causa! Un jabalí salvaje ha invadido tu viña.  
¡Levántate, oh Pedro, y observa la situación de la Santa Iglesia Romana, madre de todas las iglesias, consagradas con tu sangre!*

*¡Levántate, Pablo, que con tu enseñanza y tu muerte iluminaste e iluminas a la iglesia! ¡Levantaos, vosotros, todos los santos, y toda la iglesia universal, cuya interpretación de las escrituras ha sido atacada! Apenas si podemos expresar nuestro pesar por las antiguas herejías que han revivido en Alemania. Estamos tanto más deprimidos cuanto que ella estuvo siempre a la vanguardia de la guerra contra la herejía. Nuestro oficio pastoral no puede tolerar más tiempo el veneno mortífero de los siguientes cuarenta y un errores (se los enumera). No podemos tolerar más que la serpiente se arrastre por el campo del Señor. Los libros de Martín Lutero que contienen estas herejías deben ser examinados y quemados. En cuanto a Martín mismo, buen Dios, ¿qué deber de amor paternal hemos omitido a fin de hacerle desistir de sus errores? ¿No le hemos ofrecido un salvoconducto y dinero para el viaje? (Tal oferta nunca había llegado a Lutero). Y él ha tenido la impertinencia de apelar a un futuro concilio aunque nuestros predece-*

---

<sup>1</sup> Carl Fey. *Luther's Käthe*, p. 9.

<sup>2</sup> Idem, p. 9.

*sores Pío II y Julio II sujetaban tales apelaciones a la pena de herejía. Ahora concedemos a Martín sesenta días para someterse, a partir de la fecha de la publicación de esta bula en su parroquia. Todo aquel que se atreva a infringir nuestra excomunión y anatema quedaría bajo la ira del Dios Todopoderoso y de los apóstoles Pedro y Pablo.*<sup>3</sup>

Dado a los 15 días de junio de 1520.

A pesar de esta orden y otras parecidas, que decretaban que se quemasen los escritos de Lutero, copias de éstos circulaban de celda en celda.

Los suprimidos deseos naturales hacia el mundo exterior, se impusieron ahora. El primer resultado fue que muchas monjas escribieran peticiones apasionadas a sus padres, o parientes cercanos, rogando que las sacaran del convento. Pero las familias no estaban dispuestas o tenían miedo de ayudar. Temerosos de la deshonra, contestaban a las suplicantes con cartas llenas de reprimendas como éstas: "Permanece donde estás. Los tiempos son malos en el mundo, y no hallarás la clase de vida con que sueñas". "Te rogamos por favor, que no acarrees deshonra a tu familia. ¿Tú crees que cualquier hombre, sea noble o campesino, consideraría casarse con una monja renegada?" "¡Tú has hecho el voto de aceptar a Cristo como tu esposo! ¡No seas un Judas!"

Para nueve de las monjas de Nimbschen, incluyendo a Catalina, la situación llegó a ser intolerable. Probablemente por primera vez, consideraron su predicamento de la misma manera que se expresaba en un canto popular de la época: "¡Que Dios le conceda un año desastroso a quien me obliga a ser monja!"<sup>4</sup> Al fin, en su desesperación, le escribieron al propio Martín Lutero: "Nuestras conciencias, iluminadas por el Evangelio, ya no nos permiten vivir como monjas".<sup>5</sup> La solicitud de ayuda para salir del convento llevaba las firmas: de "Ave von Schoenfeld, Magdalene Staupitzin, Elizabeth Kanizin, Verónica Zeschau, Margareta Zeschau, Laneta von Golis, Ave Grossyn, Catalina von Bora y Margareta von Schoenfeld."<sup>6</sup>

Esta vez su petición no quedó sin respuesta. Lutero solicitó la ayuda de un cierto Leonardo Koppe, mercader de Torgau, que suplía regularmente al convento de Nimbschen con alimentos especiales. Koppe era un respetado ciudadano, ya mayor, que tiempo atrás había sido miembro del consejo municipal de la ciudad. Más tarde, Lutero proclamó públicamente que había escogido para la tarea a una persona del calibre de Koppe, a fin de salvaguardar la reputación de las monjas. Completamente consciente de las serias consecuencias que le aguardaban, pero también en plena simpatía con los ideales de la Reforma, Koppe consiguió la ayuda de su sobrino Wolf Tommitsch y junto con un amigo planeó la huida. Esa empresa tenía que prepararse bajo total secreto y debía ser ejecutada con precisión. Cualquier falla significaría la aprehensión y aún la pena de muerte, pues el Duque Jorge, en cuya jurisdicción estaba Nimbschen, tenía gran fama de ser un enemigo de la Reforma. Hacía poco que había sentenciado a muerte a un hombre, por haber ayudado en la huida de unas monjas.

El contrato de Koppe con el convento incluía la entrega regular de numerosos barriles de arenques. Transportaba éstos, en una carretera cubierta de lona, y regresaba con los barriles vacíos. Usaría, pues, estos barriles y la carreta en su plan de escapatoria. Se prepararon detalles adicionales

---

<sup>3</sup> Katharine Lutherin. *Vom Teppich meines Lebens: Eine Luther Chronik*, pp. 46-47.

<sup>4</sup> Richard Friedenthal. *Luther*, p. 436.

<sup>5</sup> Edith Simón. *Luther Alive: Martin Luther and the Making of the Reformation*, p. 326.

<sup>6</sup> Katharine Lutherin, p. 59.

mediante los cuales tanto las monjas como sus libertadores eludirían la vigilancia de la abadesa, además de acordar las señales para entrar en acción.

La noche del sábado de gloria de la Semana Santa de 1523, las campanas, como siempre, convocaron a las monjas a vísperas. Después de las devociones las monjas tomaron solemnemente la magra sopa de un día de ayuno. Sin embargo esa noche sería diferente. Para las nueve monjas ésta sería la última comida en el convento. El aventurarse al mundo, aunado con todos sus peligros y sorpresas, estaban ahora delante de ellas. En el silencio de la noche se reunirían en el cuarto de Catalina para esperar a sus libertadores.

Poco después de las diez, Leonardo Koppe se arrastró por la angosta cornisa de la pared del jardín hasta llegar a un sitio bajo la ventana de Catalina. Una luz de allí, según el plan pre convenido, dio la señal. No siendo posible llegar hasta la ventana misma, Koppe anunció su presencia golpeando la pared con una llave. Las ingeniosas monjas bajaron a la cornisa con sogas y luego siguieron las concisas instrucciones de Koppe. En pocos minutos llegaron a su carreta que estaba oculta entre los sauces. La noche estaba oscura y con niebla. Aun la luz de la luna estaba oscurecida, y un frío viento del oeste penetraba por los delgados hábitos de las nueve monjas fugitivas. Y Koppe logró esconderlas entre los barriles vacíos de arenques, cubriéndolas con paja y lona, y exigiéndoles total silencio hasta que estuvieran a salvo más allá de la jurisdicción del Duque Jorge. Hubo un momento tenso en la frontera, cuando los guardias los detuvieron para inspeccionar la carreta, pero el convincente tufo del arenque los obligó a dar pronto por terminada su inspección.

Al amanecer, el pleno impacto del nuevo día y de la nueva vida movió a las monjas a irrumpir en un canto. Las nueve cantaron, al unísono, el bien conocido himno ¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya! Leonardo Koppe y sus ayudantes notaron un nuevo significado en ese himno aquel día de Pascua de la Resurrección y se unieron en el estribillo.

En las horas siguientes las monjas hicieron su transición al mundo secular. En la Iglesia de Santa María, en Torgau, participaron en el culto, pero ya no detrás de una celosía, sino abiertamente, con la congregación de la población. Esta iglesia, cuya torre había sido característica de Torgau desde 1100, había sido renovada en 1516 en estilo gótico tardío. Su interior era en verdad impresionante, y en contraste con otras iglesias de su época, era excepcionalmente bien iluminada y amplia. Las altas columnas octagonales, al igual que el conjunto de arcos ojivales, se diseñaron para aumentar la ilusión de amplitud. Catalina ciertamente no podía saber, en ese momento al estar arrodillada en oración de gratitud por su liberación que un día sería sepultada en ese mismo edificio como la viuda del más ilustre teólogo de Europa.

Antes de continuar su camino a Wittenberg, las monjas cambiaron sus hábitos por vestidos seculares. Uno se pregunta, ¿qué reacciones tuvieron al observarse la una a la otra en su nueva vestimenta femenina, y mientras cada hora del día les traía nuevas experiencias en el mundo secular? Faltaban unos pocos días más en que permanecerían como grupo unido mientras viajaban a Wittenberg, cuando con admiración y gratitud llegarían a conocer al propio doctor Lutero. Entonces cada una se iría por su propio camino.

Acompañadas por Gabriel Zwilling, también conocido por el nombre latín de Dídimo, las monjas emprendieron su viaje a Wittenberg el martes después de la Pascua de Resurrección. En distancia el viaje era más corto que de Nimbschen a Torgau, pero en transición del convento a la vida secular representó la experiencia de toda una vida.

Al acercarse al río Elba en plena luz del día, quedaron fascinadas por el perfil de Wittenberg sobre el horizonte. Por primera vez vieron la majestuosa torre de la Iglesia del Castillo que se erguía orgullosamente sobre todos los otros edificios. Tomaron nota de que ésta era la misma iglesia en cuyas



puertas, apenas seis años atrás, se habían fijado las Noventa y Cinco Tesis que habían cambiado el curso de su vida.

Su llegada a la ciudad había suscitado considerable emoción y muchos curiosos se reunieron a echar un vistazo a las nueve monjas escapadas en una carreta. Las reacciones de los que las veían, variaba en el desprecio y la admiración. Algunos ciudadanos de Wittenberg todavía no podían tolerar la idea de unas monjas que rompieran sus votos sagrados. Otros las caricaturizaban como mujeres frustradas, más interesadas en los libertadores masculinos que en la liberación. Pero muchos simpatizantes evangélicos estaban impresionados por su valor de convicción al dar ese paso tan radical.

Catalina y sus amigas estaban desorientadas por la recepción; probablemente nunca habían estado, antes en toda su vida, en contacto estrecho con un grupo tan numeroso y heterogéneo. Y de repente, ahí estaba ante ellas el propio Martín Lutero. No estaban frente a un monje demacrado. Este era el gran Reformador y Libertador. Lo observaron con respeto y admiración. Parecía como que la imagen de fuerza y bondad transmitida por este hombre resuelto de cabello oscuro, cuyos ojos comunicaban vitalidad y sinceridad espiritual, permanecería grabada en su mente para siempre.

Lutero, sabiendo los problemas prácticos con que tenían que enfrentarse las monjas escapadas, se encargó de proveer para ellas. Demostrando una cabeza serena y un enorme corazón, solicitó la ayuda de algunos amigos. Le escribió a Spalatin:

*"Gracia y paz. Nueve monjas fugitivas, un desdichado grupo, me fueron traídas por ciudadanos honrados de Torgau. Me refiero a Leonardo Koppe y su sobrino Wolf Tommitsch; por lo tanto no hay razón de suspicacias. ¿Tú preguntas lo que debo hacer con ellas? En primer lugar, informaré a sus parientes y les rogaré que apoyen a las jóvenes; si no lo hacen, veré que de alguna otra manera a las jóvenes no les falte nada. Algunas familias ya me han prometido recibirlas; para algunas obtendré esposos, si puedo. Te ruego que tú también hagas obra de caridad y solicites para mí, de tus ricos cortesanos, algún dinero con que yo pueda sostenerlas una o dos semanas, hasta que sus parientes u otros se hagan cargo de ellas".<sup>7</sup>*

Nicolás von Amsdorf, un amigo de Lutero, también estaba ocupado solicitando fondos y ropa para las monjas. Estaba particularmente impresionado por la forma como aceptaban las circunstancias en aquellos momentos. Le comentó a Spalatin: Estas monjas "no tienen zapatos ni ropa; sin embargo, en su gran pobreza y ansiedad, tienen mucha paciencia".

En poco tiempo, el futuro de la mayoría de las monjas había quedado asegurado. A la hermana de Staupitz le donaron una pequeña casa en Grimma en memoria de su hermano. Con el tiempo, ella estableció la primera escuela para niñas en esa población y se casó con uno de los principales ciudadanos. Otra monja quedó empleada como maestra. Algunas se casaron y otras regresaron con su familia. Las hermanas Schoenfeld y Catalina permanecieron en Wittenberg. Por un tiempo, Lutero mismo se sintió atraído por Ave von Schoenfeld, pero muy pronto tanto ella como su hermana se habían casado también.

---

<sup>7</sup> Preserved Smith and Charles M. Jacobs, traductores y editores. *Luther's Correspondence and Other Contemporary Letters*, Vol. II (1918), Number 583, pp. 179-180.

## CAPÍTULO III

### NUEVA VIDA EN WITTENBERG

Poco a poco, pero no siempre sin dificultades, el ser entero de Catalina se despertaba a la vida secular. Su cabeza rapada pronto produjo largas y resplandecientes trenzas rubias. Su tez pálida respondió al sol y al viento con un sano color moreno. Su mente y sus músculos se adaptaron a las exigencias de las tareas domésticas. Posiblemente, el arte más difícil de adquirir fue el de la conversación en sociedad.

Para Catalina la vida en Nimbschen y la vida en Wittenberg resultaron tan diferentes como el día y la noche. Wittenberg está situada a orillas del río Elba, que era la encrucijada de la Sajonia comercial y de la cultural. Desde 1422, la ciudad había servido como una de las residencias para los Electores de Sajonia, y las altas torres circulares de la Iglesia del Castillo dominaban el horizonte. En 1502, Wittenberg ascendió a la categoría de ciudad universitaria.

Fundada por el Elector, con el permiso del Emperador y del Papa, la Universidad de Wittenberg fue la primera universidad bajo el gobierno de un soberano secular, y pronto llegó a ser una de las universidades más destacadas de Europa. La Facultad de Leyes era la facultad más prominente, pero poco a poco fue dejada en la penumbra por la Facultad de Teología.

La ciudad universitaria era un mundo en miniatura. La eminencia de Lutero y de Melanchton atrajo a estudiantes de diversas partes de Alemania y aun de países extranjeros. El ingreso anual de más de dos mil estudiantes a una población que había sido construida para acomodar a sólo tres mil habitantes, creó un auge de la construcción.

Catalina no podía menos que quedar impresionada por el nuevo edificio del Ayuntamiento, que quedaba frente al mercado, al igual que por la residencia de tan prominente ciudadano como el pintor Lucas Cranach. Contemplaba con admiración las torres gemelas góticas de la iglesia de la población. También se unía con los estudiantes, los comerciantes y los ciudadanos locales que diariamente se congregaban alrededor del pequeño pulpito de esta iglesia para escuchar al predicador Martín Lutero. Dentro de la iglesia, el número creciente de fieles hizo necesaria la construcción de galerías para acomodar el exceso de personas. En todas partes, dentro de los muros de la pequeña ciudad, se elevaban nuevas estructuras y se renovaban las antiguas.

#### A. LA ESCENA SOCIAL

Catalina observaba la escena social desde un lugar estratégico, en el hogar de Felipe Reichenbach, el alcalde. Ayudaba a Elsa, la esposa de Felipe, y aprendía muchas nuevas habilidades domésticas. Además de los miembros de la familia, de vez en cuando varios estudiantes residían en el hogar de los Reichenbach. Por primera vez en su vida, Catalina aprendió cómo preparar la comida para un grupo de personas y cómo pasar la hora de comer en compañía mixta. Conoció a muchos estudiantes jóvenes y vivaces, y a varios huéspedes distinguidos y eruditos, incluyendo a Martín Lutero; al artista Lucas Cranach el Mayor; al humanista Felipe Melanchton; al rey Cristian II de Dinamarca. Este último le regaló un anillo de oro, que ella atesoró el resto de su vida. El hecho de que Catalina impresionaba con su personalidad encantadora, su entusiasmo, su eficiencia y su humilde piedad a aquellos que visitaban con frecuencia el hogar de los Reichenbach, se hizo evidente, ya que pronto recibió como sobrenombre afectuoso "Santa Catalina de Siena".

Catalina pasó también muchas horas ayudando en el hogar de los Cranach, e hizo amistad muy íntima tanto con Bárbara como con Lucas Cranach. En esta época, Lucas, a la edad de cincuenta años, se encontraba en la cúspide de su carrera artística, y era uno de los más ricos ciudadanos de Wittenberg. A solicitud de Federico El Sabio, Cranach había venido a esta ciudad universitaria en 1505, como pintor establecido de la corte, chambelán y consejero del Duque de Sajonia. Al principio obtuvo reconocimiento por sus varios murales realistas que se encontraban en castillos sajones y que representaban escenas de cacería. Después de lograr el patrocinio de Federico El Sabio, también trabajó en el campo del grabado al agua-fuerte en cobre y del grabado en madera. Hizo más para elevar la posición de las artes gráficas en Alemania que cualquier otra persona, excepto Alberto Durero. En 1508, se le otorgó un escudo de armas, una culebra ondulante, con las alas de un murciélago blasonado en un escudo amarillo, el cual debió de haber llamado la atención de Catalina muchas veces.

Además de la imponente residencia Número Catorce, en la esquina sudoeste del mercado, la mansión de los Cranach incluía un gran taller de imprenta, una librería, una farmacia, un lagar y una casa de huéspedes.

Cranach siempre estaba rodeado de una multitud de aprendices jóvenes que le ayudaban a cumplir con las exigencias prácticamente insaciables del Duque en cuanto a obras de arte. Lutero también necesitaba ilustraciones, caricaturas y grabados de madera para la propaganda de la Reforma. Cranach fue quien suministró los mejores retratos de Lutero y los grabados en madera para su Biblia y sus himnarios. La farmacia, sin embargo, llegó a ser el más fructífero de sus negocios, ya que le había sido concedido un Privilegio para el negocio en 1520. Esto le garantizaba el derecho absoluto no sólo a él, sino también a sus descendientes, de vender drogas, hierbas, especias y azúcar en Wittenberg. Ya que el gerente de la farmacia, un médico joven de nombre Basilio, se había casado con Ave Schoenfeld, Catalina se sentía allí como en casa y aprendió mucho acerca de las cualidades curativas de las hierbas.

El hogar de los Melancton también le ofreció hospitalidad a Catalina. La edad del doctor Felipe Melancton y de su esposa se acercaba más a la edad de Catalina. Melancton enseñaba griego en la Universidad. Era más joven que la mayoría de los profesores, pero a causa de su erudición tan extensa y la claridad de sus pensamientos, tenía una reputación teológica que era mejor que la de todos, excepto la de Lutero. Ya que la pareja Melancton aceptaba a muchos estudiantes como huéspedes y fomentaba la producción de dramas latinos en su hogar, los jóvenes, incluyendo a Catalina, se reunían regularmente allí.

Es así como el hogar de los Reichenbach, el hogar de los Cranach y el hogar de los Melancton contribuyeron a la educación social de la antigua monja.

## B. EL PRIMER AMOR DE CATALINA

Para Catalina lo más notable durante estos años fue el hecho de enamorarse por primera vez. Su "caballero con armadura resplandeciente" era Jerónimo Baumgaertner, un estudiante graduado de la Universidad de Wittenberg, que había regresado para estar de visita prolongada con Melancton, pero que pasaba mucho tiempo con Catalina. Su relación amorosa fue descubierta por el círculo de amigos íntimos, que esperaban que pronto hubiera una boda. Aunque no estaban comprometidos formalmente, se daba por entendido que después de que Baumgaertner hiciera planes con su familia en Nuremberg, regresaría para casarse con Catalina. El gozo de ésta pronto se transformó en desesperación, ya que pasaron los meses sin recibir noticia alguna del joven Baumgaertner.

El mundo que había sido tan maravilloso para ella, le dio un golpe muy severo, y Catalina quedó tan desesperanzada que Lutero trató de resolver el problema por medio de una carta a Baumgaertner: "Si quieres a tu Catalina debes hacer algo pronto antes de que sea ofrecida a alguien que la quiera. Todavía no ha podido sobreponerse a su amor por ti y yo con gusto desearía verlos a los dos casados".<sup>8</sup>

Pero la familia de Jerónimo tenía otros planes para el joven. Cuando éste llegó a ser abogado, se anunció su compromiso con la quinceañera Sibell Dichtel, y la boda tuvo lugar poco después. A medida que el choque del rechazo se borraba, Catalina surgía "más triste pero más sensata". Su vida con los Reichenbach, los Cranach y los Melancton reasumió su rutina.

## C. LUTERO: CONSEJERO Y NOVIO

De las monjas que habían sido rescatadas de Nimbschen, Catalina era la única que en ese momento no tenía su futuro asegurado, y Martín Lutero se consagró a la tarea de conseguirle esposo. Cuando Gaspar Glatz, el pastor local, mostró interés en ella, Lutero comisionó a Amsdorf para averiguar la inclinación de Catalina hacia tal matrimonio. Catalina inmediatamente le informó a Amsdorf que, en vez de casarse con Glatz, ella consideraría a Amsdorf, o inclusive, a Martín Lutero.

Cuando Catalina afirmó su posición de esta manera, lo hizo quizá con la conciencia plena de que casarse con Amsdorf o con Lutero era una posibilidad muy remota. En cuanto a Amsdorf, comunicó el comentario a Lutero, y declaró que él no estaba interesado, ya que había decidido permanecer soltero. Es posible que Lutero quedara sorprendido, pero también se sintió halagado. Desde aquel entonces, su actitud hacia Catalina empezó a cambiar de una de lástima y de responsabilidad paternal a una de mayor apreciación de la mujer. Un cambio correspondiente se operó en los sentimientos de Catalina hacia Lutero. Su respeto y su admiración por el Reformador fueron sustituidos por una más profunda apreciación del hombre. Aunque él tenía diez y seis años más que ella, su estatura era bien proporcionada, tenía ojos bondadosos y una voz resonante cuando hablaba y cuando cantaba. Había cambiado su vestimenta eclesiástica por la ropa más atractiva que vestían los cortesanos de la época, e inclusive adoptó la práctica de llevar camisas elegantes y botas amarillas.

Poco a poco, en la mente de Lutero, los obstáculos al matrimonio desaparecieron. A pesar del ánimo en favor del matrimonio que Lutero acostumbraba dar a otros monjes y monjas emancipados, él mismo estaba poco dispuesto a entrar en el estado matrimonial. Había explicado previamente su posición a Spalatin, al escribir lo siguiente: "No es que yo no sienta mi sexo, ya que mi corazón no es de madera ni de piedra, pero mi inclinación es en contra del matrimonio, porque permanezco en expectación diaria de la muerte y del castigo adecuado para un hereje".<sup>9</sup>

Antes de cinco meses, escribía al mismo Spalatin: "¿Por qué no sigues adelante y te casas? Yo estoy animando tanto a otros con mis argumentos que yo mismo casi quedo persuadido".<sup>10</sup>

Ciertamente, la primavera de 1525 afectó a Lutero. En marzo escribía a su amigo Juan Ruehel: "Si puedo arreglármelas, para hacer rabiar al diablo me casaré con mi Caty antes de que me muera".<sup>11</sup>

Los argumentos en favor del matrimonio aparentemente habían adquirido más peso. Primeramente, existían los deseos de Hans Lutero, el padre de Martín, que esperaba que el nombre Lutero sería perpetuado por su hijo, ya que sus dos hermanos habían muerto. También, al entrar en el estado matrimonial, Lutero podía reforzar su alegato contra el celibato. Además, desde un punto

---

<sup>8</sup> Preserved Smith. *The Life and Letters of Martin Luther*, pp. 171-172.

<sup>9</sup> Arthur McGiffert. *Martin Luther: The man and his work*, pp. 277-278.

<sup>10</sup> *Idem*, p. 278.

<sup>11</sup> *Idem*, p. 279.

de vista práctico, el toque femenino seguramente transformaría su habitación desordenada en un hogar cómodo. Convencido, Lutero por fin le pidió la mano a Catalina la tarde del 13 de junio de 1525.

Ciertamente éste sería un compromiso muy breve. Los sentimientos de Lutero en tales asuntos fueron expresados a Spalatin en una carta fechada el 10 de junio: "¡No dejes para mañana. Porque se demoró, Aníbal perdió a Roma. Porque se demoró, Esaú perdió el derecho a la primogenitura. Cristo dijo: 'Ustedes me buscan, pero no me hallarán!'. Por eso, las Escrituras, la experiencia y toda la creación testifican que los dones de Dios deben ser tomados al vuelo".<sup>12</sup> Después Lutero admitió que había actuado apresuradamente y sin consultar a sus amigos, porque "habrían tratado de impedir que yo me casara con Catalina, ya que mis mejores amigos exclamaban: 'Con ella no; escoge a otra mujer'".<sup>13</sup> Le confió a Amsdorf: "Es verdad que me casé repentina y apresuradamente con Catalina para prevenir el tener que oír el habitual clamor de quejas. Además, no pienso que me quede mucho tiempo de vida. Por eso no podría pasar por alto los deseos de mi padre en cuanto a nietos. Además de esto, yo quería apoyar mi enseñanza con un ejemplo personal, porque encuentro que a muchos, a pesar de la radiante y nueva luz del Evangelio, les falta confianza. De esta manera la voluntad de Dios se ha cumplido. Mis actos no fueron bajo la influencia del enamoramiento ni de una pasión incontrolable; sin embargo, amo a mi esposa".<sup>14</sup>

Para Catalina, éste fue el momento más maravilloso de su vida: "Sí", de aquí en adelante se dedicaría a amar, a honrar y a obedecer al querido doctor Martín. No perdieron tiempo haciendo planes para las ceremonias: habría dos, una privada y una pública.

## D. LA BODA

La misma noche en que Lutero hizo la propuesta de matrimonio, sus amigos más íntimos estaban reunidos en el Monasterio Negro (Agustino) que servía como residencia del doctor Martín. Incluidos en este círculo estaban el doctor Bugenhagen, como representante de la Iglesia Evangélica y confesor de Lutero; el jurista Juan Apel, como representante de la Universidad de Wittenberg; el notario Justo Jonas, como representante de las autoridades civiles; y el señor Lucas Cranach y señora, como substitutos de los padres de Catalina. De acuerdo con las costumbres del día, eran los testigos del intercambio de promesas nupciales entre Martín y Catalina.

Mientras el pequeño grupo estaba arrodillado en un círculo, el doctor Bugenhagen preguntó a la pareja nupcial si deseaban casarse y vivir como esposo y esposa. A ambos les puso un anillo en el dedo y bendijo su unión en nombre de la Santa Trinidad. El anillo de Catalina, que después de su muerte iría de mano en mano muchas veces antes de hallar lugar permanente en el Museo Histórico de la ciudad de Leipzig, era un simple aro de oro inscrito con la dedicatoria de Lutero y la fecha de la boda. Más adelante, Lutero le regaló un anillo exterior muy repujado que llevaba un crucifijo y los instrumentos de la tortura de Cristo en relieve de oro, alrededor de un rubí engastado. El certificado de matrimonio lo escribió Juan Apel, que también se había casado con una antigua monja.

Después del servicio, los testigos se adhirieron estrictamente a las costumbres de la época y acompañaron a la pareja matrimonial al lecho nupcial. Justo Jonas reportó al día siguiente: "Lutero ha tomado a Catalina von Bora por esposa. Yo estuve presente ayer y vi a la pareja en su lecho matrimonial. Mientras observaba este espectáculo, no podía contener las lágrimas".<sup>15</sup>

---

<sup>12</sup> Martin Luther, *Briefwechsel (Weimar)*, Vol. III (1933), número 886, pp. 525-26.

<sup>13</sup> W. J. Kooiman. *By Faith Alone: The Life of Martin Luther*, p. 147.

<sup>14</sup> Moritz Meurer. *Luther's Leben aus den Quellen erzählt*, p. 376.

<sup>15</sup> Friedenthal, p. 438.

A la mañana siguiente, una Catalina muy feliz preparaba un desayuno de festejo para su reciente esposo, al que los testigos también estaban invitados. En cuanto a Martín, esa mañana marcaba el comienzo de una aventura de la cual escribía más tarde: "Hay mucho con lo cual uno necesita acostumbrarse en el primer año de matrimonio. Uno se despierta por la mañana y encuentra en la almohada un par de trenzas que antes no se hallaban allí".<sup>16</sup>

## E. LA CELEBRACIÓN PÚBLICA

Dos semanas después, una celebración pública envolvió a todo Wittenberg en un estado de animación. Mientras las campanas repicaban, Lutero llevó a Catalina por las calles de Wittenberg, del Monasterio Negro, situado al extremo este del pueblo, a la iglesia parroquial en la plaza del mercado. En el portal, a plena vista de toda la gente, se llevó a cabo un servicio religioso. La ceremonia religiosa fue seguida por una cena de bodas en el Monasterio Negro, con los padres de Lutero como huéspedes de honor.

Aunque ambos eran pequeños de estatura, Hans y Margarita Lutero fueron el centro de interés a causa de su obvia felicidad. Para Hans Lutero este evento marcó el regreso de su hijo a una vida familiar. Las oraciones dando gracias y los brindis por un futuro feliz se entremezclaron. El Concejo Municipal de la localidad hizo una donación de vinos selectos y de cerveza. Siguiendo las sugerencias de Lutero, Leonardo Koppe, que había salvado a Catalina de Nimbschen, trajo un tonel de cerveza de Torgau. El artista, Lucas Cranach el Mayor, comenzó sus bosquejos para los retratos del matrimonio de la pareja. Para Catalina esto fue un honor singular, ya que la selección de una mujer como asunto de un bosquejo era un suceso excepcional para aquella época. Otros momentos culminantes del día incluían el "Ehrentanz" o "Danza de Honor" en el Ayuntamiento y otro banquete esa misma noche.

Para Catalina todo era increíble, pero a la vez muy real. Es posible que haya sufrido algunos momentos de tristeza, porque ningún miembro de su familia pudo estar presente. Su padre había muerto ya, y sus tres hermanastros vivían a grandes distancias. Pero su tristeza estaba superada por una alegría y un orgullo silencioso mientras ella escuchaba intensamente las muchas expresiones de alabanza y de buena voluntad. Ella, que anteriormente había considerado el aislamiento en un convento como el modo de vida ideal, ahora veía que en su futuro desempeñaría el papel de buena compañera y de confidente del Reformador, que tanto recalca el ideal de la vida de familia. Los testigos del matrimonio de Catalina la obsequiaron con votos de felicidad y regalos. Entre estos últimos había una gran copa de plata revestida de oro y decorada con repujados, que llevaba la inscripción siguiente: "Presentada al doctor Martín Lutero y a su esposa Catalina von Bora el martes después del día de la fiesta de San Juan el Bautista, 1525 A. D., en honor de su matrimonio". También hubo regalos en dinero: el Elector mandó 100 florines, e inclusive el Arzobispo de Mainz mandó 200 florines. Catalina se conmovió especialmente con tan generosos regalos como artículos de lino, artículos para los quehaceres domésticos, y provisiones para la comida, obsequiadas por los aldeanos.

## F. LA VOZ DEL CRÍTICO

Durante los días, meses y hasta años siguientes, los críticos de Catalina pusieron a prueba su valentía. Uno de los amigos más íntimos de Catalina y de Lutero, Felipe Melancton, no había sido invitado a la boda porque Lutero sospechaba que nunca asentiría a tal unión. Aunque más tarde Melancton aceptó el hecho del matrimonio y se convirtió en un fiel apoyo para Catalina, al principio

---

<sup>16</sup> Idem, p. 440.

se sintió indignado y perturbado a causa del acto impulsivo y repentino de Lutero. En una carta a su amigo Camerario, expresó sus sentimientos francamente. Le escribió la carta en griego, y ni él ni Camerario pensaron que el contenido sería divulgado. Trescientos cincuenta años más tarde, la versión traducida se dio a conocer al público. Este era su contenido:

*"¡Saludos! Ya que las siguientes noticias serán vistas de manera contradictoria, en esta ocasión, comparto mi punto de vista contigo. El 13 de junio, Lutero se casó inesperadamente con la Bora, sin haber discutido sus planes con siquiera uno de sus amigos; más bien, invitó a Bugenhagen, Cranach y Apel a una cena después de la cual la acostumbrada ceremonia se llevó a cabo.*

*"Sin duda, tú te preguntarás por qué, en estos tiempos impíos, cuando todo hombre valiente está penosamente perturbado, él permanece insensible y parece vivir voluptuosamente, haciendo disminuir su reputación de ese modo, cuando Alemania necesita tanto de su sabiduría y de su habilidad. Yo propongo, sin embargo, que esto es lo que sucedió: el hombre (Lutero) es excepcionalmente amable, y las monjas que lo persiguieron con astucia e intriga le hicieron cumplir con sus promesas. Posiblemente la asociación tan íntima con las monjas lo despertó emocionalmente, a pesar de sus intenciones altas y nobles. Creo que de esta manera fue como se llevó a cabo el cambio repentino en su vida. El comadreo concerniente a su intimidad previa con ella es, sin embargo, una mentira obvia.*

*"Uno no debe gastar tiempo manteniéndose disgustado o criticando lo que ya ha sucedido. Además, yo creo que nosotros estamos naturalmente predispuestos al matrimonio. Esta forma de vida ciertamente no es atractiva, pero es más santa y más agradable a Dios que el celibato, y ya que yo personalmente considero a Lutero un hombre entristecido y perturbado a causa del cambio en su vida, trataré de hacer todo lo posible para convencerlo de que no ha hecho nada censurable ni imperdonable. Además, tengo suficiente prueba de su temor de Dios para compensar toda recriminación contra su conducta. Yo preferiría, sin embargo, que él fuera humillado en vez de ser sumamente venerado, ya que esto último es peligroso, no sólo para los miembros del clero, sino también para todo hombre. Como dice el refrán: 'El éxito fomenta la oportunidad para el desarrollo de malos pensamientos en la mente del sabio al igual que en la del tonto'. Además, espero que este nuevo modo de vida le dará más dignidad para que deje de hacer las travesuras por las cuales lo hemos criticado tanto. De acuerdo con el proverbio: 'Una nueva posición social causa nuevos modales'.*

*"Te escribo con tanto detalle para que no te inquietes a causa de ese inesperado acontecimiento. Yo sé que tú respetas mucho a Lutero, y te daría mucha pena ver que su reputación disminuyese. Pero te amonesto a que mantengas en secreto este asunto, porque como dice la Biblia: 'El matrimonio es un estado muy honorable'. Es posible que sea un estado necesario para nosotros. En el Antiguo Testamento, Dios nos ha dado muchos ejemplos, porque desea que no seamos guiados por las apariencias ni por la personalidad de la gente, sino únicamente por Su Palabra. De otro modo, uno que condena la enseñanza a causa de alguna falta del profesor, cometería un grave error".<sup>17</sup>*

---

<sup>17</sup> Fey, p. 20.

La reacción de Melancton fue moderada en comparación con la de otros. Algunos pusieron en ridículo el matrimonio mediante caricaturas y canciones. Seguidores bien intencionados tenían miedo de los perjuicios que le resultarían a la causa reformadora de Lutero, y los adversarios condenaron a la pareja a la perdición eterna por haber roto sus votos originales hechos a la Iglesia Católica. El monarca Tudor, Enrique VIII, reprendió a Lutero por haber violado a una monja que había sido consagrada a Dios y por haber dado un deplorable ejemplo a otros. Irónicamente, el mismo Enrique se iba a hacer notorio con sus propias proezas maritales. El ministro de Enrique, Sir Tomás Moro, agregó su pulla burlona: "El fraile Lutero y Catalina Collate, su monja, juntos en lascivia lujuriando".<sup>18</sup>

En Alemania, el duque Jorge, a quien pertenecía el territorio por el cual había cruzado Catalina sin ser descubierta en su viaje del convento de Nimbschen a Torgau, comentó que Lutero había desposeído a los monjes del Monasterio Negro para tener más espacio privado con su Catalina.

Inclusive el príncipe de los humanistas, Erasmo, se permitió agregar su aporte a los chismes calumniosos, haciendo circular la declaración precipitada, que Catalina había dado a luz a un hijo catorce días después de la ceremonia matrimonial. El hecho de que más tarde se haya retractado no eliminó el daño causado por su comentario. Tampoco lo hizo su benévolo comentario de 1525: "Lutero comienza a sonar más apacible y no se enfurece tanto con su pluma; ningún hombre es tan salvaje que una pequeña esposa no pueda domarlo".<sup>19</sup>

Al principio, Lutero y Catalina no hicieron caso de los comentarios, pero los chismes e insinuaciones continuaron en una vena tan viciosa que Lutero finalmente expresó sus sentimientos al declarar públicamente: "Nosotros no deseamos ser arrastrados en el lodo junto con personas semejantes a ustedes; sus mentiras son lo suficientemente perversas".<sup>20</sup> De los chismes, sin embargo, resultó algo bueno: el fortalecimiento del lazo de intimidad y de amor entre Catalina y Martín.

---

<sup>18</sup> William Dallmann. *Martin Luther: His Life and His Labor for the Plain People* (1917) p. 259.

<sup>19</sup> Ernst Kroker, *Katharina von Bora*, p. 127.

<sup>20</sup> Fey, p. 23.



## CAPÍTULO IV

### EL LUCERO DEL ALBA DE LUTERO

Catalina no tuvo una tarea muy fácil durante su luna de miel. Cada mañana se levantaba a las cuatro de la madrugada para comenzar su quehacer diario de limpiar a fondo la casa. Por esto, Lutero la llamaba bromeando "el Lucero del Alba de Wittenberg".

Desde que los otros monjes se fueron del Monasterio Negro, Lutero estaba preocupado con asuntos más importantes que la limpieza de la casa. El mismo admitía que su ropa de cama no había sido cambiada por tanto tiempo, que estaba enmohecida. El Monasterio Negro, que había sido construido para los monjes agustinos-eremitas en 1502, nunca había sido terminado. Con ocasión del matrimonio de Lutero, Federico el Sabio se lo donó a la pareja como hogar. En el edificio principal, que consistía de tres pisos, las cuarenta celdas originalmente preparadas para alojar a monjes, eran tan pequeñas que en muchos casos tenían que quitarse las paredes para crear habitaciones más grandes para la residencia familiar. Una de éstas, era la combinación de la sala y el comedor, donde se agasajaba a los invitados. El antiguo refectorio se transformó en cocina y alojamiento para los sirvientes. Dos cuartos que daban al jardín se usaban como biblioteca y despacho para Lutero. Un asiento, junto a la ventana, que había sido instalado en el despacho, sería un refugio para Catalina. Ocupando ese sitio, podía ver desde él a su querido doctor trabajando, y también el agradable y tranquilo paisaje a lo largo del Elba.

Bajo la supervisión de Catalina, y con la ayuda del leal sirviente de Lutero, Wolfgang Sieburger, el estéril y melancólico monasterio gradualmente se fue transformando en un hogar acogedor y hospitalario. El mismo Lutero participó en el proyecto al construir algunos de los muebles. Varios años después, un arco impresionante de arenisca, obsequio de Antón Lauterbach, adornó la entrada al hogar. Llamado el Portal de Catalina, lleva un busto de Lutero y su escudo familiar: la rosa blanca enmarcando un corazón rojo, dentro del cual se encuentra una cruz negra.

Muchas veces se podía ver a la pareja recién casada paseándose de la mano en el jardín del monasterio que descendía levemente del claustro al río Elba. Aquí como recreación, trabajaban con pala y azada, y disfrutaban de cómo la naturaleza respondía a sus esfuerzos. Al llegar el siguiente verano, Lutero estaba tan complacido con el jardín que escribió a Spalatin lo que sigue: "He plantado un jardín y he cavado un pozo, ambos con éxito. Ven y serás coronado con azucenas y rosas".<sup>21</sup>

Los jardines no sólo eran ornamentales, sino que también resultaron productivos. Había muchas variedades de árboles frutales, incluyendo moreras e higueras, una diversidad de hierbas, un bancal de verduras, colmenas de abejas, e inclusive una laguna poblada con varios tipos de peces. Un pavo real agregaba más bien atractivo que productividad al jardín. Martín decía: "El pavo real se viste como un ángel, camina como un ladrón, y canta como el diablo".<sup>22</sup>

La gran habilidad de Catalina también produjo un plan para convertir cierto espacio en una fábrica de cerveza que añadiría a la autosuficiencia de la residencia. En aquella época casi no se podía obtener té, café o chocolate en las aldeas de Alemania, así que la cerveza y el vino eran las bebidas populares. Para proveer la mesa con carne, Catalina estableció una cría de animales, que incluía cerdos, gallinas, patos, gansos y palomas. A Martín le gustaba especialmente la carne de cerdo, y expresaba su apreciación por los esfuerzos que Catalina hacía para proveer la carne, llamándola "Mi Señora Catalina, Patrona de la Pocilga".

---

<sup>21</sup> Martin Luther, *Briefwechsel*, Vol. IV, número 1019, p. 89.

<sup>22</sup> William Dallmann. *Martin Luther: His Life and His Labor* (ed. rev., 1951), p. 224.

En cuanto a la administración de las finanzas, la frugalidad de Catalina chocaba muchas veces con la generosidad de Lutero; sin embargo, logró seguridad para la familia. Lutero tenía muchas deudas, y para la ocasión de su matrimonio, sus ingresos consistían únicamente en un sueldo de 400 florines por su trabajo en la universidad. Por sus servicios como predicador en la iglesia de la ciudad, no recibía nada. Aunque varios editores se beneficiaban enormemente con la publicación de sus libros, él rechazó toda remuneración. Lutero sostenía que Dios había dividido la mano en dedos para que el dinero se escapara de la mano, y todo lo que había sido donado, Dios lo repondría. Era muy bondadoso y generoso, y muchas veces regalaba hasta su último florín, o artículos del servicio de mesa y artículos domésticos sin la mínima vacilación. En poco tiempo, Catalina aprendió a mantener mano firme en las finanzas familiares tanto como le era posible. En ocasión de la boda de Agrícola, Lutero le escribió que le iba a mandar una de sus vasijas como regalo de bodas, pero en una carta subsiguiente, tuvo que admitir que Catalina le había impedido enviar ese obsequio, ya que había logrado esconderlo.

Gradualmente, por medio de la energía y economía de Catalina, alcanzaron cierta medida de prosperidad. Los Lutero tuvieron la oportunidad de continuar con las mejoras de la casa de Wittenberg, de comprar un huerto, un jardín de lúpulos y otros terrenos en el vecindario, en los cuales Catalina crío ganado. Finalmente, para deleite de Catalina, Lutero compró de su hermanastro, Hans, la granja de la familia von Bora, situada en Zulsdorf. Para Catalina la adquisición de Zulsdorf, significaba el regreso a la aldea de su niñez. En una carta a Justo Jonas, Lutero hizo el siguiente comentario: "Mi señora Catalina te saluda. Ella va de aquí para allá, cultiva los campos, cría y compra ganado, elabora cerveza, y cosas por el estilo".<sup>23</sup>

Aunque Lutero se refería a Catalina con esa juguetona chocarrería, llegó a estimarla mucho por sus cualidades tan prácticas de las que él carecía. En el círculo de amigos de los Lutero predominaba el orgullo de adquirir y trabajar la tierra. Los Bugenhagen, los Jonas y los Melancton se jactaban de cómo aumentaban su posesión de terrenos para el cultivo, y las mujeres disputaban sobre la riqueza de las cosechas que habían recogido. En el caso de Catalina, el factor motivador era un amor heredado y genuino por la tierra y por la seguridad que ella representaba. El respeto que Lutero sentía por Catalina con respecto a su administración le permitió realizar el potencial entero de sus energías como señora de su hogar y de su propiedad.

Bajo la supervisión de Catalina se desarrolló un hogar acogedor y en constante crecimiento donde reinaban la alegría de la música y el arte de la conversación. Al par que un ambiente de "Gemuetlichkeit", (comodidad), iba sobreponiéndose a los recuerdos obsesionantes del rigor monástico del Monasterio Negro, Lutero propendía a exaltar en sus escritos la posición del hogar cristiano. En su feliz hogar, encontró una paz y un contentamiento que muy pocos de los grandes hombres del mundo han experimentado. En él, halló también pleno cumplimiento de su papel de hombre, esposo y padre.

---

<sup>23</sup> McGiffert, p. 296.

## CAPÍTULO V

### EL CÍRCULO FAMILIAR DE LA CASA PARROQUIAL

El Monasterio Negro llegó pronto a ser un modelo de hogar familiar y de casa parroquial. Alrededor de un año después de su matrimonio, la unión de los antiguos monje y monja fue bendecida con un hijo. Su felicidad no tuvo límites, no sólo por ellos mismos, sino también por darse cuenta que Dios le había concedido al "Abuelo Lutero", su más acariciado deseo. Lutero escribió lo siguiente sobre ese acontecimiento: "Soy un esposo feliz, y que Dios continúe mandándome felicidad, ya que de la mujer más preciada, la mejor de las esposas, la mía, he recibido, por la bendición de Dios, un hijito, Juan Lutero, y por la maravillosa gracia de Dios, soy padre".<sup>24</sup> Al niño se le llamó Johannes en honor del padre de Lutero, pero más a menudo se le llamaba "Haenslein", y más tarde "Hans".

Lutero había amado antes muchísimo a su Catalina, pero ahora la amaba más que nunca. Cuando vio al pequeñito por primera vez, se emocionó tanto que se puso su capa y su gorra y salió precipitadamente a llevar las buenas noticias de casa en casa. Una hora más tarde, estaban congregados alrededor del niño, ya vestidos para la ocasión, los padrinos para su bautismo: Cranach, Bugenhagen y Jonas, además del ministro oficiante, el diácono Jorge Roerer, quien en palabras de Lutero, "haría del pequeño pagano, un cristiano".

#### A. ORGULLO PATERNAL

Tal como lo hacen los padres novicios, Martin y Catalina observaban ansiosamente cada señal de crecimiento normal del niño.

Se regocijaban especialmente cuando Hans mostraba señas de disfrutar de su comida y su bebida, cuando comenzó a gatear, y cuando dio sus primeros pasos vacilantes, y cuando dijo sus primeras palabras. Lutero mencionaba orgullosamente a su primogénito en casi toda la correspondencia con sus amigos íntimos. Una de sus cartas, por ejemplo, refleja su admiración paternal cuando escribe: "Si me encuentro preocupado cuando estoy escribiendo, o con otras cosas, él me canta pequeñas canciones. Si se alborota demasiado, yo lo regaño; pero él no deja de cantar, sino que continúa su canción en voz más baja".<sup>25</sup>

En ciertas ocasiones, las costumbres de la vida monástica que habían sido inculcadas a Lutero chocaban con las nuevas responsabilidades de la paternidad. Lutero había conservado ciertos hábitos como el de reparar su propia ropa, lo cual permitía Catalina. Pero cuando cortó en pedazos los pantalones del pequeño Hans para remendar sus propios pantalones, la reacción maternal de Catalina era sin lugar a dudas clara.

De sus propios padres, el joven Hans aprendió los rudimentos de la lectura, la escritura y la fe cristiana. Su libro elemental fue el Catecismo Menor de Lutero, que Catalina llamaba cariñosamente el "Kate-cismo".<sup>26</sup>

Hans era un niño encantador a quien todos querían. Recibía muchos regalos, y su padre nunca dejaba de traerle un regalo cuando regresaba de un viaje. Siempre le escribía a Hans cuando estaba

---

<sup>24</sup> Dallmann, ed. rev., 1951, p. 227.

<sup>25</sup> Albrecht Thoma. *Katharina von Bora* (Berlín: G. Reimer, 1900), p. 82.

<sup>26</sup> Kroker, p. 121.

de viaje. Una carta especialmente conmovedora es la siguiente, escrita desde Coburgo cuando Hans tenía cuatro años:

*"Gracia y paz en Cristo, mi querido hijo. Me siento muy feliz al ver que estudias bien y oras con diligencia. Continúa haciéndolo, mi niño, y cuando yo regrese te traeré un bello regalo. Conozco un bello jardín de recreo donde hay muchos niños que llevan abrigos dorados y que recogen bajo los bellos árboles manzanas, peras, cerezas y ciruelas. Bailan y cantan alegremente y tienen caballitos preciosos con frenos de oro y sillas de plata. Le pregunté al dueño del jardín quiénes eran los niños. Contestó: — Son niños piadosos a quienes les gusta orar y estudiar. —Entonces dije: —Querido Señor, yo también tengo un hijo que se llama Hansito Lutero. ¿Es posible que venga también a este jardín a comer estas bellas manzanas y peras, a montar estos caballitos y a jugar con estos niños? —Ciertamente— respondió el señor, si es piadoso y le gusta orar y estudiar, puede venir al jardín con Lippo y Jost, los niños de los Melanchton y los Jonas, y cuando todos vengan, tendrán pífanos y tambores, laúdes y toda clase de instrumentos de cuerdas, y bailarán y dispararán con sus arcos y flechas. — Entonces me mostró un bello prado en el jardín que estaba preparado para baile y en el cual colgaban pífanos dorados, tambores y laúdes, y arcos y flechas de plata. Pero era muy temprano por la mañana y los niños todavía no se habían desayunado, así que yo no podía esperar a verlos bailar, sino que le dije al señor: —Querido Señor, iré pronto y le escribiré a mi querido hijito Hans para que se porte bien, y que ore y estudie para que pueda entrar a este jardín, pero tiene una tía Lena que debe traer consigo. El señor me dijo entonces que así debía ser y que yo debía escribirte todo esto. Por lo tanto, querido hijo, estudia y ora con fe y dile a Lippo y a Jost que lo hagan también, para que todos puedan entrar al jardín. ¡Que el Buen Dios te guarde! Salúdame a tía Lena y dale un beso de mi parte.*

*Tu padre que te ama,*

*Martín Lutero".<sup>27</sup>*

Ya a la edad de cuatro años, Hans estaba aprendiendo latín con su padre, en preparación para una carrera en estudios escolásticos. El día siguiente a su octavo cumpleaños, su nombre, de acuerdo con la costumbre de la intelectualidad de esa época se puso en el registro de la Universidad de Wittenberg.

## B. DE LA FELICIDAD A LA TRISTEZA

Un año y medio después del nacimiento de Hans, el día 10 de diciembre de 1527, nació la primera hija. Los padres la llamaron Isabel. Su felicidad por este acontecimiento cambió pronto a tristeza porque la salud de la pequeña era tan delicada, que en agosto los esposos se encontraban junto a su lecho de muerte. Lutero trató de juntar toda la fuerza de su fe para consolar a Catalina. Para ella, por su parte, el golpe resultó casi intolerable y oraba rogando liberación. Lutero ya no podía aguantar el ver la agonía de su esposa y finalmente se echó a llorar. El fiel Wolfgang hizo una pequeña cruz de madera que sería puesta sobre la tumba. En la cruz, Lutero inscribió lo siguiente en latín: "Aquí yace Isabel, hija de Martín Lutero, muerta en el año de 1528". En su tristeza y su pena, Catalina

---

<sup>27</sup> Hermán Otto Nietschmann. *Katharine von Bora*. The Sunday Guest, Vols. III y IV (1881-82), p. 46.

se dio cuenta de una bendición que nunca había notado antes, y era que todos los miembros de la casa parroquial le mostraron más afecto. Wolfgang, su tía Magdalena, que había salido del convento de Nimbschen, los sirvientes y los estudiantes huéspedes, trataron a una de hacer todo lo posible para consolar a la afligida madre.

## C. LA FELICIDAD REGRESA

El 4 de mayo de 1529, la alegría regresó a la casa parroquial con el nacimiento de Magdalena, la segunda hija. Las oraciones de Catalina habían sido oídas. Ahora había una hija con vida en la familia de los Lutero. Lutero escribió inmediatamente a su amigo Amsdorf: "Dios, el padre de toda misericordia, por su gran bondad me ha mandado a mí y a mi querida Catalina una hijita. Por lo tanto, te ruego, de acuerdo con la voluntad de Dios, que asumas la responsabilidad cristiana hacia esta pequeña pagana y como padrino la guíes al cristianismo por medio del sacramento del bautismo".<sup>28</sup>

Lutero también le extendió una invitación similar a una cierta señora Goritzen, esposa del magistrado de Leipzig, para que fuera la madrina. A medida que Magdalena crecía se parecía notablemente a Hans. El hermano y la hermana desarrollaron un compañerismo muy íntimo. Y Magdalena proporcionó gran felicidad y consuelo a Lutero durante los tiempos de prueba, cuando estuvo confinado en Coburgo por un tiempo y se sentía impaciente con los procedimientos de Augsburgo. Recibió fuerza y consuelo de un pequeño retrato de Magdalena al pastel, que atentamente le había mandado Catalina. También en el pesar de Lutero por la muerte de su padre, Magdalena resultó ser una distracción aliviadora.

## D. OTROS HIJOS

En noviembre de 1531, Catalina alegró a Lutero con un regalo de cumpleaños muy original. La noche antes del cumpleaños, le obsequió con un segundo hijo. Con el nombre de su padre, el pequeño Martín se ganó el corazón de Lutero y llegó a ser la niña de sus ojos. Como el joven era enfermizo, su padre vio en él a un futuro abogado. Para Hans, que era más serio, Martín pronosticaba, por otra parte, una carrera de teólogo.

El hijo menor, Pablo, nació el 28 de enero de 1533, en una época en que los pensamientos de Lutero estaban dominados por la Guerra Turca. Un caballero fue escogido como el padrino. Al niño se le llamó Pablo como tributo a San Pablo, ya que las enseñanzas y epístolas de este apóstol, fueron tan grande inspiración para Lutero.

Considerada como "la que llegó tarde" de la familia, Margarita nació el 17 de diciembre de 1534, y se le puso el nombre de la madre difunta de Lutero. Este estaba preocupado de que no fuera a vivir lo bastante para ver a Margarita casada, y por lo tanto agregó a sus instrucciones acostumbradas al padrino la petición especial de que éste escogiera un esposo piadoso para ella.

## E. LA VIDA FAMILIAR

Era un cuadro bellísimo de vida casera cuando Catalina introducía a su familia en el estudio de Lutero. Allí, reunidos alrededor de la mesa de roble, o cerca de la estufa de porcelana adornada con escenas del Antiguo Testamento, pasaban horas frecuentes en conversación e instrucción. Lutero consideraba a su esposa y a sus hijos como los regalos especiales de Dios, en los cuales se regocijaba

---

<sup>28</sup> Thoma, pp. 62-63.

con una felicidad intensa y sana. También aprendió mucho de sus hijos al observar sus reacciones, sus discusiones y su buena disposición para perdonar. Esta intuición de la inocencia y la fe infantil la incorporó en sus escritos. En cuanto a Catalina, ella gozaba de la aprobación de su esposo en el área de la paciencia y la comprensión que tenía en cuanto a la crianza de sus hijos. No era una tarea fácil para una mujer la de ver por las necesidades de seis niños pequeños, nacidos en un periodo de ocho años, y estaba agradecida por la inestimable ayuda y el apoyo que recibía de su tía Magdalena.

Cuando Magdalena salió del convento de Nimbschen, varios años después de la salida de Catalina, Lutero y ella la invitaron a vivir con ellos. Para todos era la querida "Muhme" o tía Lena. Su instrucción en el convento la había preparado específicamente para el cuidado de pequeños de brazos y de niños en crecimiento.

Oraba con ellos, les enseñaba, los cuidaba durante las enfermedades infantiles, y muchas veces los consentía como únicamente lo puede hacer una tía. Los niños la querían, porque ella siempre tenía tiempo disponible para ellos, nunca se cansaba de contestar sus preguntas y siempre estaba preparada, al anochecer, para contarles cuentos que casi igualaban a los de su padre. Además de todo esto, podía vestir muñecas para la pequeña Lena y hacer soldaditos de cartón, que se quedaban parados solos, para los muchachos. Por otra parte, nunca reveló las pequeñas faltas de los niños al padre o a la madre.

Lutero también les enseñó a sus hijos a orar y cantar. A medida que crecían, Hans y Magdalena se turnaban para leer las Escrituras y pronunciar la bendición de la mesa en la casa parroquial. Martín y Pablo, que habían heredado los talentos musicales de su padre, cantaban muchas veces para el grupo después de la comida, acompañados por su padre en el laúd. Inclusive la más joven, Margarita, a la edad de cinco años hacía su parte cantando himnos junto con el grupo familiar. Una felicidad especial se extendía por la casa durante las Navidades cuando todas las voces de los niños armonizaban al cantar "Del alto cielo bajo yo" (Von Himmel Hoch), himno que el mismo Lutero había escrito para contar la historia de la Navidad a Hans, que tenía cinco años en aquella época. También había muchas otras celebraciones. La familia Lutero sacaba el mayor provecho de cada ocasión. Además de la Navidad, los cumpleaños y las bodas, se festejaban el aniversario del doctorado de Lutero, el día de las 95 Tesis, el día de San Nicolás, el día de Año Nuevo y la Epifanía. El día de San Martín tenía significado triple en la casa de los Lutero, dado que lo festejaban en honor de los cumpleaños de San Martín, de Martín Lutero y del pequeño Martín. Inclusive los bautismos de los hijos de Catalina se celebraban con fiestas que ella planeaba durante meses y luego supervisaba desde su cama de sobreparto.

En toda ocasión, Lutero ofrecía una oración por su esposa, sus hijos y su familia más grande de la casa parroquial, usando muchas veces las siguientes palabras:

"Querido Padre Celestial, ya que me has otorgado el honor y las responsabilidades de la paternidad y la familia, concédeme tu gracia y tu bendición para que yo pueda proveer y guiar a mi querida esposa, a mis queridos hijos y a todos los que están bajo mi cuidado, de manera piadosa y cristiana. Concédeme sabiduría y poder para guiarlos y ayudarlos a crecer; también concédeles a ellos un buen corazón y la motivación de seguir obedientemente tus enseñanzas. Amén".<sup>29</sup>

## . LA FAMILIA EXTENDIDA

Además de los hijos de Lutero, cierto número de niños se unieron a la familia parroquial. En el grupo había cinco sobrinos y sobrinas huérfanos, los hijos de la hermana de Lutero, que lo mismo que su esposo había muerto a una temprana edad; también los niños de otros parientes, amigos y

---

<sup>29</sup> Kroker, p. 159.

conocidos, más los niños que vivían allí como huéspedes. El patio del antiguo convento se transformó en un campo de juegos para todos, incluyendo a los niños de los Melancton y de los Jonas. Aquí, en los días soleados, se les podía ver montados en sus caballitos favoritos, disparando con arco y flecha, desfilando con pífanos y tambores, y corriendo exuberantemente junto con el perro Toelpel, al que Lutero consideraba inmortal y con el que esperaba encontrarse en el cielo. Lutero hasta tenía un boliche preparado para ellos y a veces probaba su destreza al tratar de tumbar los bolos. Gustaba tirar la primera bola, y todos se reían de buena gana cuando no daba en el blanco. Lutero usaba los juegos como ejemplos para las lecciones de la vida.

La casa parroquial también llegó a ser el segundo hogar para muchos estudiantes matriculados en la Universidad de Wittenberg. Entre éstos se encontraban los sobrinos de Martín, el hijo de Jacobo su hermano preferido, y Florian von Bora, el hijo del hermano mayor de Catalina. La mesa de la casa parroquial atraía igualmente a estudiantes no graduados, a estudiantes titulados y a eruditos maduros que regresaban a Wittenberg para poner al día sus conocimientos en vista de los cambios de esa época y para discutir la nueva teología evangélica. Este grupo formó una fraternidad de "Compañeros de Mesa", y Conrad Cordatus recibió la distinción de ser el primer socio fundador. Muchas veces el más severo crítico de Catalina, estimaba cada palabra de Lutero y se resentía particularmente de cualquier intento hecho por Catalina para interrumpir las conversaciones de Lutero. Fue Cordatus quien inició la costumbre de tomar notas mientras Lutero hablaba cuando estaba en la mesa. Su celo en copiar palabra por palabra no era enteramente del gusto de Melancton. Este último escribió una vez en el margen de la libreta de Cordatus: "No apuntes todo tan exactamente. Es mejor que algunas cosas sean pasadas por alto y olvidadas".<sup>30</sup> También estaba allí el predicador Miguel Stiefel, un viejo amigo, a quien Catalina había conocido antes de casarse con Lutero. Cuando regresó a Wittenberg en 1528, fue un huésped bienvenido por varios meses, después de los cuales aceptó el llamado a ser pastor en el cercano pueblo de Lochau. Ahí se casó con la viuda del pastor fallecido y asumió el cuidado de sus dos hijos. Los Lutero y los Stiefel pasaron muchas horas agradables juntos, tanto en Wittenberg, como en Lochau.

Otra amistad perdurable fue la establecida con Antón Lauterbach, que vino a Wittenberg como magistrado en 1529 y pronto se unió al grupo alrededor de la mesa de Lutero. Era un hombre alto, amable, que complació a Catalina ayudándole con la fiesta bautismal para el pequeño Pablo en 1533. A ella le causó después más placer aún, durante ese mismo año, el ser la anfitriona para la celebración de la boda de Antón y Augusta, una antigua monja. La carrera de Lauterbach en la iglesia progresó rápidamente hasta que en 1539 se le nombró superintendente de las actividades de la reforma en Sajonia, con Pirna como centro. Antón salió de Wittenberg de mala gana, pero mantuvo contacto con la familia Lutero en el curso de los años y visitaba el Monasterio Negro anualmente.

En 1531, Juan Schlaginhaufen regresó a Wittenberg, donde había sido estudiante unos diez años antes, para esperar un llamado. Catalina no pudo menos que notar su depresión y su melancolía cuando estaba sentado tan calladamente con los otros invitados a la mesa. Tanto ella como Lutero trataron de muchas maneras de animar al desalentado joven. Por fin Catalina logró despertar su interés en la jardinería y la apicultura. Más tarde cuando se le llamó como pastor para servir en Zahna y Koethen, continuó su interés en esas ocupaciones.

Jerónimo Weiler y su hermano Pedro vivieron con la familia Lutero durante varios años. Mientras Lutero estaba en Coburgo, Jerónimo fue el tutor del joven Hans. Los dos hermanos Weiler tenían talento musical y contribuyeron mucho a la alegría del Monasterio Negro tocando y cantando.

Los miembros de este grupo apoyaron el trabajo de Lutero en la iglesia y aumentaron el trabajo de Catalina en la casa. Además de la preparación de la comida, el oneroso trabajo de recoger los

---

<sup>30</sup> Thoma, p. 150.

escasos estipendios diarios y semanales de los huéspedes, recayó en Catalina, quien por esta razón fue criticada y severamente contrastada con su tolerante y generoso esposo. Lo cierto es que Catalina era económica, pero no tacaña.

Por un tiempo Lutero hasta obtuvo una maestra para las niñas que estaban bajo su cargo. Su preferencia para este puesto era Else von Kanitz, una de las antiguas monjas de Nimbschen. La invitación que le extendió decía: "He pensado emplear a usted para enseñar a nuestras jóvenes y de esta manera dar un ejemplo que otros puedan seguir. No se preocupe de nada; le damos la bienvenida como miembro de nuestra casa y como huésped a nuestra mesa. Le ruego que por favor no rechace esta invitación".<sup>31</sup> Pero como Else no aceptó, Lutero contrató a Margarita von Mochau, que tenía la reputación de ser hermana de la esposa de Carlstadt.

Los Lutero recibieron a muchos huéspedes, algunos que no sólo venían a cenar, sino que se quedaban por largos periodos. Si hubiera habido un libro de huéspedes en el Monasterio Negro estaría lleno hasta desbordarse con los nombres tanto de grandes como de pequeños. Las bodas de amigos y de parientes generalmente se celebraban en el Monasterio Negro. De acuerdo con las costumbres reinantes, en esas festividades se tenía que acomodar por lo menos a ciento veinte invitados, y duraban varios días. Ser anfitrión de tan grande concurrencia y proveer comida verdaderamente de fiesta dentro de las limitaciones de los mercados de Wittenberg al igual que del presupuesto de los Lutero, no era tarea fácil. También la reputación de los Lutero tenía que mantenerse sin tacha.

Entre los huéspedes a largo plazo había pastores que habían perdido su iglesia o que habían sido relevados de su puesto, refugiados extranjeros, monjes o monjas escapados, nobles que estaban de viaje, personas perturbadas o desafortunadas que buscaban consuelo, y una multitud de otros... A menudo las muchas habitaciones del Monasterio Negro estaban llenas a reventar. Cuando el príncipe Jorge de Anhalt decidió alojarse con Lutero en 1542, Jorge Held le advirtió: "En la casa del doctor vive una maravillosa compañía mixta consistente de jóvenes, estudiantes, muchachas, viudas, ancianas y niños, y por esta razón hay mucho ruido en la casa; por esto muchos tienen lástima de Lutero".<sup>32</sup>

En una caricatura, Cochlaeus representó a Lutero con siete cabezas. También podía haber representado los siete puestos de Catalina, ya que se había dividido en siete partes, realizando siete tipos de tareas al mismo tiempo: (1) agricultura, (2) cervecera, (3) cocinera, (4) enfermera, (5) jardinera y vinatera, (6) consoladora y dispensadora de limosnas para todos los mendigos de Wittenberg, y (7) esposa del Reformador, "que debe dar prueba de que es digna de su célebre esposo y con un pequeño sueldo, proveer para muchos huéspedes". Ella hizo todo eso y aún más. Cuando los Agricola con sus nueve hijos quedaron desamparados en 1536, ella les dio alojamiento por varios meses. Elizabeth de Dinamarca, esposa entonces del elector Joaquín I de Brandenburgo, había sido encarcelada por su esposo por haber tomado la Santa Cena a la manera luterana. Cuando se escapó de la cárcel, Catalina le ofreció refugio y cuidó de ella durante tres meses.

A pesar de sus muchos deberes en la gran casa, en el jardín y en los campos, Catalina encontraba tiempo para leer la Biblia. En una carta a Jonas, Lutero se refiere a ese interés diciendo: "Mi señora Catalina te saluda. Ella conduce un tiro de caballos, cultiva los campos, apacienta el ganado, fabrica cerveza, etc. En su tiempo libre, ha establecido como su meta leer la Biblia en su totalidad. Yo le he prometido cincuenta florines si completa esa tarea antes de la Pascua de Resurrección. Muestra gran entusiasmo y sinceridad de propósito y ya ha progresado hasta el quinto libro de Moisés".<sup>33</sup>

---

<sup>31</sup> Idem, p. 70

<sup>32</sup> Dallman, ed. rev., 1951, p. 235.

<sup>33</sup> Kroker, p. 122.



Ocasionalmente se abusaba de la hospitalidad de los Lutero. Uno de los más notables gorriones fue Rosina von Truckness, que buscó refugio diciendo que había abandonado un convento por razones de conciencia. Cuando se notó que había desaparecido una serie de artículos y la gente de la ciudad hizo correr el rumor de que la mujer era inmoral, Lutero le habló de la situación. Ella confesó que toda su historia era mentira y pidió perdón. Fue perdonada, pero continuó con su discutible conducta. Cuando Lutero salió de viaje, Catalina la corrió. A pesar de varias desilusiones como ésta, y de tales muestras de ingratitud, ni Martín ni Catalina dieron señal alguna de que disminuiría su disposición de ayudar a los menos afortunados.

## CAPÍTULO VI

### DIFICULTADES Y TRIBULACIONES

A pesar del placer derivado de los niños y de la gratitud de los buenos amigos y vecinos, la vida en la casa parroquial de los Lutero tuvo sus momentos difíciles. La enfermedad era una intrusa constante y severa, e imponía a Catalina el papel de partera, enfermera y doctora.

Entre aquellos que pasaron su confinamiento en el Monasterio Negro, bajo el cuidado de Catalina, estaban las señoras Bugenhagen y Schurf. Durante los repetidos periodos de las epidemias, el hogar se abrió indistintamente a los enfermos y a los asustados. Ministrando a las necesidades de los enfermos, Catalina hizo considerable uso de hierbas, la mayoría de su propio huerto. Algunos de sus remedios, aunque de acuerdo con los usos de la época, producirían hoy una conmoción entre médicos y pacientes por igual. Por ejemplo, los excrementos humanos y animal, al igual que el moho de las plantas, se consideraban como cataplasmas eficaces para muchas dolencias.

Lutero expresaba su sorpresa de que "Dios dotó los excrementos de tantas propiedades medicinales; el excremento de cerdo alivia la sangre, el estiércol de caballo en vino es bueno para la tos, y el excremento humano para las heridas corporales".<sup>34</sup> En una ocasión en que Lutero mismo estaba enfermo, le escribió malhumoradamente a Catalina: "¡Tu estiércol tampoco me hace ningún bien!"<sup>35</sup> Pero el más grande impacto que la ayuda de Catalina produjo en sus pacientes era sin duda su fe activa que les daba la seguridad del interés de Dios por ellos y disipaba sus temores.

El paciente más difícil de Catalina fue sin duda su esposo. Ella se fue acostumbrando a sus muchos ataques de enfermedad durante su segundo año de matrimonio. El catálogo de sus enfermedades incluía jaquecas severas, un persistente zumbido de los oídos; ataques dolorosos de cálculos biliares y renales, los cuales atribuía él al Diablo. Se mofaba de los médicos que le ponían lavativas. ¡En su lugar, él se recetaba grandes cantidades de vino rojo como la mejor cura para la gota!

Pero en tiempos de epidemia, valerosamente se quedaba en Wittenberg con Catalina y los niños. Cuando la peste, que asoló a toda Alemania, se presentó en la ciudad universitaria, muchos huyeron de Wittenberg al campo que estaba menos congestionado. Inclusive la universidad fue mudada a un domicilio provisional en Jena. Los Lutero, sin embargo, asumieron humildemente su responsabilidad cristiana para con los que necesitaban ayuda. Ambos creían que el miedo era un enemigo más terrible que la peste. Mientras Lutero visitaba a las víctimas en sus propios hogares y los consolaba espiritualmente, hasta el punto de sostener a los moribundos en sus brazos, Catalina convirtió la casa parroquial en hospital y refugio. Entre las personas bajo su cargo estaba la señora Schurf, esposa del médico; Magdalena von Mochua, la maestra local de niñas y los miembros de la familia Bugenhagen. La seguridad personal se subordinaba a la más amplia necesidad de otros, y en el Monasterio Negro prevaleció una nueva actitud de servicio sin miedo, que se basaba en la fe en Dios. El asolamiento de la peste se calmó en noviembre de 1527 y en diciembre, después de un embarazo doloroso, Catalina dio a luz a su primera hija, Isabel.

La salud de Catalina era generalmente robusta. En las 'Conversaciones de Sobremesa' hay mención ocasional de quejas mínimas, un incidente de desmayo y de ataque de fiebre. Lutero estaba tan desacostumbrado a tener a Catalina enferma, que en esta última ocasión le rogó: "Querida Catalina, por favor no te mueras". En 1540, sin embargo, Catalina sufrió una enfermedad prolongada que fue el resultado de un aborto. Durante varios meses quedó en cama, pálida y débil, tanto que

---

<sup>34</sup> Friedenthal, p. 448.

<sup>35</sup> Idem, p. 448.

Lutero y los niños oraron fervientemente a Dios que la salvara. Finalmente, le volvió el apetito y comenzó a dar sus primeros pasos vacilantes alrededor de la habitación, mitad caminando y mitad arrastrándose hasta que recobró sus fuerzas. Fue un Lutero de veras feliz, el que pudo por fin escribir a Melanchton: "A mi Catalina le ha sido restaurada completamente la salud".<sup>36</sup>

La muerte cobró también su cuota de víctimas en la casa parroquial. Había necesitado muchos años Catalina para recobrase de su primer encuentro con la muerte en la familia, cuando su hijita Isabel fue sepultada en 1528. A la edad de 13 años, Magdalena sufrió un repentino ataque de fiebre y dolores en el pecho. Todos los esfuerzos para salvarla fueron en vano. Ambos padres se arrodillaron al lado de su cama llorando amargamente y orando que Dios la salvara. Finalmente, la jovencita murió en los brazos de su padre. Catalina y Martín aceptaron la voluntad de Dios con corazones oprimidos. Cuando amigos y vecinos vinieron a ayudar y a ofrecer consuelo, Lutero expresó sus sentimientos y los de Catalina con las siguientes palabras: "Estoy contento en espíritu, pero la carne no está satisfecha; esta separación abrumba a uno excesivamente. Es extraño saber que ella está en paz y feliz, y sin embargo sentirse uno tan triste". Lutero mismo compuso un epitafio para ella en latín:

*"Lena, hija de Lutero, aquí recuesto la cabeza Duermo donde todos los santos rodean mi lecho. Ya que de carne nací pecadora Había sido para siempre abandonada; Pero bendita soy y vivo para siempre, Porque Cristo por mí sufrió para librarme".<sup>37</sup>*

Una tristeza adicional sacudió a Catalina en el mismo año, 1542, cuando su íntima amiga, Catalina Jonas, murió de repente el día de Navidad. Varios años antes, cuando su propia Catalina estaba muy triste al principio de su matrimonio, Lutero le había urgido aprender de memoria el Salmo 31 como fuente de fortaleza en tiempo de tristeza. Ahora hubo muchos días en que Catalina repetiría piadosamente las palabras de David:

*Señor, en ti busco protección;  
¡no me defraudes jamás!  
¡Ponme a salvo, pues tú eres justo!  
Dígnate escucharme;  
¡date prisa, líbrame ya!  
Sé tú mi roca protectora,  
¡sé tú mi castillo de refugio y salvación!  
¡Tú eres mi roca y mi castillo!  
¡Guíame y protégeme; haz honor a tu nombre!  
¡Sácame de la trampa que me han tendido,  
pues tú eres mi protector!  
En tus manos encomiendo mi espíritu;  
¡rescátame, Señor, Dios de la verdad!...  
Den ánimo y valor a sus corazones  
todos los que confían en el Señor.*

(Versión Popular D.H.H)

---

<sup>36</sup> Fey, p. 30.

<sup>37</sup> Kroker, p. 148.

## CAPÍTULO VII

### EL OTOÑO DEL MATRIMONIO

A medida que la vida matrimonial presentaba sus innumerables experiencias, tanto bendiciones como tribulaciones, durante un periodo de años, Catalina y Martín se sintieron más unidos en apreciación y comprensión recíprocas. El corazón de Catalina resplandecía secretamente cuando notaba, aun en "cosas tan pequeñas" como las saluciones que Lutero usaba en las cartas que le escribía, el reflejo de su satisfacción por el papel de ella en su vida... El agrado de Lutero se expresaba en formas variadas de cariño como: "Mi señora Catalina". Lo que usó ya a los ocho días de casados, "Meus Ketha", "Dra. Catalina, mi señora y mi Moisés", "Mi comandante", "Mi Emperatriz", "Mi Cadena", "Mi Costilla", "Mi Vid" y "Mi querida ama de casa, Catalina von Bora, predicadora, agricultora, jardinera, y todo lo que ella puede ser". Años más tarde, terminaría sus cartas con "Tu viejo enamorado", o "Tu amoroso señor".

Catalina se habría conmovido aún más profundamente si hubiese visto cómo él le rendía homenaje en su correspondencia con sus amigos. Ya en 1526, en el segundo año de su matrimonio, Lutero admitía: "Catalina, gracias a Dios, es complaciente y obediente en todo, mucho más de lo que yo me habría atrevido a esperar. Tanto que yo no cambiaría mi indigente existencia por todas las riquezas de Creso".<sup>38</sup> Once años más tarde, cuando sufrió un ataque casi mortal durante su viaje de regreso de Esmalcalda a casa, dictó su testamento en Gotha e incluyó el siguiente tributo: "Consolad a mi Catalina, haciéndole ver que vivió conmigo por doce años felices. Ella misma me sirvió no sólo como esposa, sino también como criada. ¡Que Dios la premie! Es muy propio, sin embargo, que cuidéis de ella y de nuestros hijos". Y agregó: "Amo mucho a mi Catalina; con toda sinceridad, la amo más que a mí mismo. Yo preferiría morir antes que tener que hacerle frente a la vida sin ella y los niños".<sup>39</sup>

Expresaba también estos mismos pensamientos en sus conversaciones con los huéspedes. Jerónimo Weller, por ejemplo, escribió en su reseña biográfica: "Yo recuerdo que el estimado reformador muchas veces decía que se consideraba muy afortunado de que Dios le hubiera dado una esposa tan obediente, práctica e inteligente, que tenía tan excepcional cuidado de su salud, igualaba sus estados de ánimo y aguantaba sus defectos tan pacientemente".<sup>40</sup> Los esfuerzos de Catalina eran especialmente apreciados puesto que las muchas labores de Lutero le impedían muchas veces salvaguardar su propio bienestar.

Por naturaleza, Catalina era una mujer enérgica, vigorosa y determinada. Las circunstancias de su vida también habían desarrollado en ella perspicacia y sentido práctico. Había aprendido cómo enfrentarse hábilmente a los cambiantes estados de ánimo de Lutero. Uno de los cambios significativos que Catalina hizo en la vida de éste, fue introducir la distracción y la tranquilidad a la hora de comer. Muchas veces invitaba a su mesa y hasta recibía como huéspedes a aquellos que reconocía como expertos en alegrar el ánimo de Lutero, tales como el doctor Jonas, o el doctor Bugenhagen. El primero sabía mejor que nadie cómo desviar la depresión de Lutero. Muy pronto en su matrimonio, Catalina descubrió también el efecto persuasivo de las antiguas técnicas femeninas de los halagos cariñosos y las súplicas lacrimosas en su cónyuge. En los raros casos en que estas técnicas fallaban, usaba medios aún más dramáticos. En una ocasión, por ejemplo, Lutero había salido de su casa

---

<sup>38</sup> Fey, p. 25.

<sup>39</sup> Thoma, p. 184.

<sup>40</sup> Idem, p. 185.

en un estado de melancolía profunda, desesperando de Dios al igual que del hombre. Cuando regresó, Catalina lo recibió vestida de luto. Obviamente asustado, él la abrazó y con mucha preocupación le preguntó qué había pasado. "Dios ha muerto", le respondió ella tristemente. De esta manera Lutero se dio cuenta de que su mal humor había reflejado su tristeza y su falta de fe.

En los días de enfermedad o de salud, el bienestar de su esposo era la preocupación primordial de Catalina. Lutero prefería abundante comida campesina, como por ejemplo, arenque frito y lentejas, pero Catalina pronto se dio cuenta de que el aparato digestivo de su esposo, que se había debilitado por las muy duras pruebas de la vida monástica al igual que por las tensiones de su trabajo como reformador, no podía tolerar semejante comida. Como su "mago de la cocina", introdujo en su dieta, con mucho éxito, frutas y vegetales frescos y de cosecha propia, aves de corral y pescado en vez de carne de cerdo y de vaca.

En sus viajes, Lutero expresaba muchas veces su anhelo por la comida y la bebida sana servida en la mesa de Catalina y por la deliciosa comodidad de su hogar y su cama caliente. Sin duda esos anhelos inspiraron su consejo a esposas jóvenes: "Tu preocupación por el bienestar de tu esposo debe ser tal que cada vez que regrese, su corazón salte de felicidad al aparecer el tejado de la casa".<sup>41</sup>

No siempre era para Catalina una tarea fácil la de complacer a un hombre que estaba en constante conflicto con el Papa, con el Emperador y con el Diablo. En los primeros años de su matrimonio tuvo que aprender a contener su propia fuerte voluntad. También tuvo que acostumbrarse a la absorción de su esposo en los estudios teológicos y en su voluminosa correspondencia. Como una recién desposada, se resentía del tiempo que su esposo le daba a esas actividades. Pero a pesar de que su educación era más pobre que la de él, su vivo interés y determinación de aprender pronto impulsó a Lutero a hacerla participar en sus discusiones. A medida que pasaba el tiempo, más y más hizo de ella su confidente.

Catalina mejoró sus conocimientos sobre cuestiones teológicas hasta el punto de que pronto pudo tener parte activa en las discusiones con estudiantes y notables en la sobremesa. Aunque Lutero de cuando en cuando le decía bromas por su locuacidad, diciendo por ejemplo, que ella no podía encontrar el "Amén para su sermón", sí reconocía la contribución de sus sanas opiniones, su entendimiento comprensivo y su habilidad persuasiva. En una época en que la mujer era relegada a las labores domésticas y al alumbramiento, Catalina Lutero alcanzó la distinción de desempeñar un papel mayor en el trabajo de su esposo como reformador, que el de las esposas de los otros reformadores.

Pero Catalina nunca pudo acostumbrarse a la soledad causada por las ausencias frecuentes de Lutero mientras cumplía con sus obligaciones profesionales. Su vida quedaba despojada de su corona y felicidad cuando no podía ver el rostro de su esposo ni oír su voz. La vida sin la presencia de su esposo era una rutina monótona; él añadía el color y la brillantez. Catalina había aprendido por primera vez, cuan radiante podía ser la vida cuando vino a sentarse a la sombra de su gran hombre. De ese momento en adelante, el quedar incluida en la grandeza de él fue su único objetivo; el éxito de él, el mayor orgullo de ella.

Así, Lutero que al principio estaba poco dispuesto a casarse, llegó a elogiar el matrimonio y especialmente su propio matrimonio y a su esposa. Su elogio no estaba basado en un ideal romántico, sino en la relación práctica que había experimentado con Catalina en el curso de los años. En el hogar de los Lutero, la fe cristiana adquirió una nueva dimensión en la cual las alegrías, las tribulaciones y las tareas cotidianas de la vida familiar llegaron a ser sagradas. Algunos maestros religiosos de la Edad Media veían a la mujer como una tentación para el hombre de llevar una vida relajada.

---

<sup>41</sup> Idem, p. 176.

Lutero, no. Por medio de Catalina, había llegado a ver a la mujer como una persona que Dios había destinado a ser la compañera y la esposa del hombre. Lutero consideraba esa unión como la vida ideal. "El hombre que tiene un buen matrimonio", decía, "es verdaderamente bendito. Porque no hay ninguna relación que ofrezca más amor, compañerismo y solidaridad. El mayor regalo de Dios es un compañero amable, piadoso y temeroso de Dios, con quien pueda vivir en paz y a quien pueda confiar todo lo que posee, inclusive su persona y su vida. Yo estoy muy bien, gracias a Dios, porque tengo una esposa piadosa y fiel en la que un hombre puede descansar su corazón".<sup>42</sup> A esto, Catalina habría agregado, su "Amén", dando su aprobación.

---

<sup>42</sup> Fey, p. 40.

## CAPÍTULO VIII

### LA SEPARACIÓN

Después de 1530, una actitud de presentimiento descendió sobre la casa de los Lutero. Aunque Martín tenía sólo cuarenta y seis años para aquel entonces, empezó a considerarse un hombre viejo. Después de la Dieta de Augsburgo, sus comentarios reflejaron muchas veces desilusión. A él le parecía que ya había experimentado en sus primeros años lo mejor que le podía haber pasado en este mundo. Ahora los presentimientos de una desgracia le llenaban la mente.

Muchos de sus antiguos "Compañeros de Mesa" estaban diseminados por toda Europa. Aunque mantenían correspondencia con su ídolo, también le causaron mucha ansiedad y desilusión. Stiefel, por ejemplo, le preocupaba por su obsesión con respecto a la inminencia de la segunda venida de Cristo.

A pesar de que el mundo consideraba a Lutero "un grandioso anciano", en realidad andaba mal de salud. Su cuerpo se había puesto anormalmente corpulento y los doctores no le podían ayudar. Tenían temor constante de que sufriera una apoplejía. Sus cartas durante esta época contienen muchas referencias a la debilidad de corazón, los ataques severos de vértigo, y el zumbido continuo de oídos. A las preguntas de amigos sobre su salud, respondía frecuentemente: "Estoy viejo y la vejez es débil, enfermiza, fría y fea. El cántaro que va tantas veces al pozo, finalmente tiene que romperse. He vivido ya lo suficiente. ¡Dios me conceda que sea una hora tranquila cuando el cuerpo marchito e inútil sea recogido y llevado a su Padre!"<sup>43</sup> Su desaliento aumentaba cada vez que sabía de la muerte de otro de sus contemporáneos.

En el fondo, sin embargo, Lutero siguió siendo un nómada y un peregrino. Aún viajaba en su tosco carruaje, que debió de sacudir atrocemente su cuerpo enfermo al pasar por los escabrosos caminos del campo. Más y más anhelaba regresar a los lugares de su juventud, y muchas veces expresó su fuerte desagrado por el cambiante estilo de vida de Wittenberg, ciudad que consideraba rival de Sodoma.

En julio de 1545, mientras hacía un viaje a Leipzig y Zeitz, oyó a unos residentes de esas ciudades hacer comentarios tan despectivos de Wittenberg, que no pudo contener su repugnancia en una carta a Catalina: "Me sentiría muy feliz si pudiese arreglármelas para no regresar a Wittenberg. Mi corazón se ha enfriado tanto, que ya no quisiera vivir allí. Quisiera que vendieras el jardín y el terreno, la casa y la granja. Me gustaría devolver el Monasterio Negro a mi amable señor, y tú harías bien en establecerte en Zulsdorf mientras yo todavía estoy vivo y puedo ayudarte a mejorar el lugar con el salario que espero me continúe dando mi amable señor, por lo menos durante el último año de mi vida... Es mejor hacer, mientras todavía estoy vivo, lo que se tendría que hacer después de todos modos. Quizá, Wittenberg, como corresponde a su presente régimen, no adquiera el baile de San Vito ni el de San Juan, sino el baile de los Mendigos de Belcebú. Las matronas y las doncellas han empezado a exponer sus cuerpos de una manera desvergonzada, y no hay nadie que las castigue ni se lo impida, y se hace burla de la Palabra de Dios. ¡Afuera con esta Sodoma! He oído más acerca de ella en el campo que lo que yo sabía estando en Wittenberg. Por consiguiente me he cansado de esa ciudad, y si Dios quiere no regresaré. Con los actos desordenados en Wittenberg, prefiero viajar durante mis últimos días y sacrificar mis difíciles y costosas labores. Si quieres, comunícales al doctor

---

<sup>43</sup> Nietschmann, p. 91.

Bugenhagen y al señor Felipe Melancton mi determinación y pídele al primero que le diga adiós a Wittenberg de mi parte...".<sup>44</sup>

Cuando la preocupada Catalina les mostró esta carta a Bugenhagen y a Melancton, ellos escogieron una delegación para hacer regresar a Lutero. Después de recibir mensajes mandados tanto por la Universidad como por el Elector, él quedó convencido del buen propósito de ellos de instituir una reforma, y regresó.

## A. TESTAMENTO DE LUTERO

En la Epifanía en 1542, Lutero decidió poner sus asuntos en orden y sin que supiera Catalina, llamó a sus amigos Melancton, Cruziger y Bugenhagen para ser testigos del siguiente testamento:

*"Yo, el doctor Martin Lutero, declaro con mi propia letra, que concedo a mi fiel y querida esposa, Catalina, como viudedad por el resto de su vida, tener y usar como guste y dar también en virtud de este documento, efectivo desde esta fecha:*

*A saber, la pequeña propiedad de Zulsdorf que hasta ahora he tenido en mi poder.*

*Además, para usarse como residencia, la Casa Bruno que compré bajo el nombre de mi sirviente Wolfgang.*

*Tercero, copas y joyas, incluyendo anillos, cadenas, monedas de oro y de plata, todo estimado con un valor de 1,000 florines.*

*Hago esto por las siguientes razones:*

*Primero, que ella siempre me ha amado y cuidado como una esposa piadosa y fiel, y con la bendición de Dios dio a luz y crió a nuestros cinco hijos que viven (contando solamente aquellos que aún viven).*

*Segundo, que ella misma asuma la responsabilidad de mis deudas, que de acuerdo con mis cálculos ascienden a más de 450 florines en este momento.*

*Tercero, y es lo más importante, porque quiero que mis hijos dependan de ella y no viceversa. Quiero que ellos la honren y se subordinen a ella como lo ha ordenado Dios. Me doy plena cuenta y he sabido mucho de cómo y hasta qué punto el Diablo influye en los niños para que se rebelen contra la autoridad paterna, especialmente contra madres viudas y aquellas que tienen hijos e hijas casados. Además, yo creo que las acciones de la madre siempre serán para el mayor beneficio de sus hijos, porque son su propia carne y sangre, y ella los cargó cerca de su corazón.*

*Y, si después de mi muerte mi esposa se viera obligada a casarse por cualquier razón (yo no puedo establecer límites a la obra de la providencia de Dios), confío completamente y espero que ella se portará como una madre debe hacerlo con respecto a sus hijos, y que repartirá justamente entre ellos todas las cosas.*

---

<sup>44</sup> Otto Clemen. Martin Luther-Briefe an seine Kathe, p. 40.



*Y les suplico a todos mis buenos amigos que sean testigos en apoyo de mi amada Catalina, si malas lenguas la difaman y la acusan de quedarse con cualquier dinero, como si quisiera defraudar a sus hijos. Yo, por medio del presente afirmo que no hay más propiedad excepto las copas y las joyas previamente mencionadas.*

*Todo el mundo sabe cuántos ingresos he recibido de mi señor y nada más, excepto los regalos que han sido enumerados anteriormente, y las deudas pendientes. Pido esto porque temo que cuando el Diablo ya no pueda molestarme a mí, trasladará sus ataques a Catalina porque ella ha sido y todavía es, alabado sea Dios, mi verdadera y fiel esposa".<sup>45</sup>*

Para Catalina los cambios de temperamento de Lutero, al igual que su salud, eran pruebas amargas. Parecía que él vivía en constante expectación de la muerte. El veía cada ataque de debilidad como el último. En muchas ocasiones Catalina logró mediante la fuerza persuasiva del amor cambiar sus pensamientos de la muerte a la vida. Ella misma tenía que hacer frente al presentimiento de la soledad. Los muchachos estaban preocupados con la preparación para sus carreras. Hans, el mayor, estudiaba leyes en la Universidad. Martín, cuya salud no era muy robusta, planeaba una carrera en teología. Pablo, tenía como meta la medicina. Muchas veces, únicamente Margarita se quedaba al lado de su madre mientras ésta esperaba ansiosamente el regreso de Lutero de una de sus visitas.

En el invierno de 1545, éste fue especialmente el caso. Como respuesta a una invitación de los condes de Mansfeld, Lutero visitó esa ciudad en diciembre, acompañado de Melancton, para servir como mediador en una vieja disputa familiar, pero al final del año ningún progreso se había hecho en el caso y Lutero regresó a Wittenberg. Para fines de enero de 1546, a pesar de su mala salud y de un tiempo inclemente, reasumió su misión, viajando esta vez a la vecina ciudad de Eisleben. No hizo caso de los ruegos de Catalina respecto a que hombres más jóvenes y más robustos podían asumir esas responsabilidades conciliatorias. Ella sabía perfectamente los riesgos que corría Lutero en cuanto a su salud al viajar cuando hacía un frío tan penetrante. A Catalina le habían llegado informes sobre las sombrías palabras de despedida con que Lutero se había ausentado de su clase sobre Génesis: "Mis fuerzas están fallando; me siento débil; pídanle a Dios que me conceda una partida misericordiosa".<sup>46</sup> Los temores de Catalina eran justificados. Pero Lutero quería la satisfacción de completar esta misión él mismo. Esperaba demostrar la ventaja de un arreglo cristiano de las disputas sobre un arreglo puramente legal y mercenario.

Melancton estaba enfermo y no lo podía acompañar en su viaje a Eisleben. Ante la insistencia de Catalina, Lutero consintió finalmente en llevar consigo a sus tres hijos y encontrarse con Justo Jonas en Halle. El grupo se retrasó por varios días en Halle a causa de inundaciones. De ahí le escribió Lutero a Catalina describiendo vívidamente su apuro:

*"Llegamos a Halle hoy a las ocho, pero no seguimos para Eisleben, porque nos encontró un "gran anabaptista", con olas y témpanos de hielo, que cubrieron todo el terreno y nos amenazaron con rebautizarnos. No podíamos regresar a causa del río Mulde, así que tuvimos que quedarnos tranquilos en Halle rodeados por las aguas. No es que estemos sedientos de ellas. Al contrario, tomamos buena cerveza en Torgau y buen vino del Rhin en su lugar, refrescándonos y consolándonos con ellos mientras esperábamos a ver si el río Saale volvía a estallar con su furia... Nunca supuse que el Saale pudiera bullir de tal manera y*

---

<sup>45</sup> Thoma, pp. 224-225.

<sup>46</sup> Idem, p. 203.

*precipitarse atropelladamente contra muros de piedra y todo. Ya no sucede esto ahora; ora por nosotros y mantén tu piedad. Yo creo que si tú hubieras estado aquí, nos habrías aconsejado hacer justamente lo que hemos hecho, y así habríamos seguido una vez más tus consejos".<sup>47</sup>*

Al llegar a Eisleben, Lutero escribió a Melanchton: "Estando en camino hacia acá, me atacaron el vértigo y la enfermedad que acostumbras llamar un estremecimiento del corazón. Al caminar más allá de mis fuerzas, quedé bañado en sudor, y después, estando sentado en la carreta, con mi camisa mojada, el frío se apoderó del músculo de mi brazo izquierdo. La consecuencia fue una compresión del corazón y un sofocamiento al respirar, que son culpa de mi edad. Ahora estoy mejor, pero por cuánto tiempo, no sé, ya que uno no puede confiar en la vejez".<sup>48</sup> También informó de este ataque a Catalina y le aseguró que estaba bien otra vez.

## B. ÚLTIMOS DÍAS DE LUTERO

Durante su permanencia en Eisleben, Lutero fue recibido de una manera hospitalaria en el hogar del secretario del Ayuntamiento, un viejo amigo. Jonas y otros compartieron la habitación con él y lo cuidaron. Muchas veces tenía ataques de debilidad, como en Wittenberg, pero dormía bien durante la noche y generalmente se sentía más o menos cómodo. El trabajo de reconciliar a los dos condes de Mansfeld no avanzaba fácilmente, y en ciertas ocasiones le causaba a Lutero tanto enfado que estaba convencido de que el Diablo había levantado obstáculos para estorbarle. Pero para el día de San Valentín las cosas habían cambiado, y Lutero se sentía muy animado. Había predicado su último sermón en Eisleben, el lugar de su nacimiento, y también había escrito la última carta que tenemos de él. Era una carta llena de esperanza y de fe:

*"Gracia y Paz en el Señor, querida Catalina. Esperamos regresar a casa esta semana, si Dios quiere. Él ha mostrado mucha gracia aquí; los condes, mediante sus consejeros, han resuelto casi todo el problema, con la excepción de dos o tres puntos, entre los cuales está el de que los dos hermanos, el conde Gebhard y el conde Alberto vuelvan a ser hermanos. Hoy me encargaré de esto, al invitarlos a cenar conmigo, para que puedan hablar entre sí, ya que hasta ahora no han tenido nada de qué hablar y han escrito con amargura en sus cartas. Los jóvenes señores y señoras, por otra parte, están contentos, van juntos de paseo en trineos con cascabeles, juegan disfrazándose, y están muy animados, inclusive el hijo del conde Gebhard. Por ésto debemos creer que Dios oye nuestras oraciones. Te mando la trucha que me regaló la condesa Alberto. Ella se regocija de todo corazón con la reconciliación. Tus hijitos todavía están en Mansfeld. Jaime Lutero cuidará de ellos. Comemos y bebemos aquí como señores, y cuidan de nosotros de manera tan maravillosa, que estamos en peligro de olvidarte en Wittenberg. Yo no tengo problemas con la piedra, pero la pierna del doctor Jonas está peor y le ha salido algo en la tibia. Dios le concederá su ayuda. Tú puedes informar al señor Felipe, al doctor Bugenhagen y al doctor Cruciger.*

---

<sup>47</sup> Clemen, p. 42.

<sup>48</sup> McGiffert, p. 376.

*Nos ha llegado aquí el rumor de que se han llevado al doctor Martín, según se informa en Leipzig y Magdeburgo. Esta es la invención de aquellos entrometidos, tus compatriotas. Algunos dicen que el emperador está a cuarenta y cinco kilómetros de aquí, en Soest de Westfalia; algunos dicen que el francés está reclutando tropas, y el landgrave también. Pero déjalos que digan y canten lo que quieran. Nosotros esperaremos a ver lo que hará Dios. Por medio de esta carta te encomiendo a Dios.*

*Eisleben, el domingo de San Valentín de 1546.*

*M. Lutero, doctor".<sup>49</sup>*

Está de más decir que la llegada de esta carta a Wittenberg les causó mucha alegría a Catalina y a la pequeña Margarita. Finalmente, Lutero regresaría a casa sintiendo que había logrado su propósito y con relativa buena salud. Pero la tregua de la ansiedad fue breve. En el momento mismo en que los residentes del Monasterio Negro se regocijaban por su inminente regreso a casa, Lutero yacía en su lecho de muerte en Eisleben. En unas cuantas horas iba a pasar lo inevitable. A las tres de la madrugada, el 18 de febrero de 1546, a los sesenta y tres años de edad, Lutero exhaló su último suspiro en presencia del doctor Jonas y un pequeño círculo de amigos. Uno de los médicos que lo atendían anunció que la causa inmediata de su muerte fue la apoplejía. El otro médico encontraba imposible que un hombre tan santo muriese de apoplejía y dio como causa la enfermedad del corazón. Melancton estuvo de acuerdo con él.

La triste noticia llegó a Torgau mediante un mensajero especial del elector. Bugenhagen, Cruciger y Melancton fueron los primeros en recibir esta notificación al igual que una carta de Jonas confirmando la noticia. Ellos asumieron la triste misión de darle la noticia a Catalina. Cuando entraron por la puerta del Monasterio Negro, ella advirtió en sus rostros la confirmación de sus más graves temores. Su querido esposo, el padre cariñoso de sus hijos, el dotado maestro y predicador, el poderoso reformador, había muerto. Después del primer golpe, olas de pena la abrumaron. Al describir la triste ocasión, Melancton escribió: "La pobre mujer, pálida por el golpe, está muy afligida, y especialmente preocupada porque no sabe cómo sus tres hijos, que habían acompañado a su padre a Eisleben, hayan sido afectados por su muerte".

Jonas había sido lo suficientemente considerado al incluir cada detalle de los últimos momentos de Lutero en su nota. A Catalina esto le impartía poco consuelo, ya que se enfrentaba a la obsesiva realidad de que ella, quien había dedicado los últimos veinte años al bienestar de su esposo, no había podido estar a su lado en esas últimas horas. Aunque la muerte de su esposo no era imprevista, encontró difícil aceptar el hecho de que Dios no le concedió el triste, último privilegio del amor: de cerrar los ojos de su amado.

## C. EL ENTIERRO DE LUTERO

Inclusive los arreglos para el entierro habían sido hechos sin consultar a Catalina. El cuerpo fue colocado envuelto en un sudario blanco, primero en una cama y luego en un ataúd de estaño hecho apresuradamente. En un servicio celebrado en Eisleben, Jonas predicó usando el texto de 1 Tesalonicenses 4:13-18, en que reafirmó la esperanza cristiana de la resurrección. Los condes de Mansfeld

---

<sup>49</sup> Martin Luther, Briefwechsel, Vol. II (1948), No. 4207, p. 300.

deseaban enterrar a Lutero en Eisleben, pero los deseos del elector prevalecieron. Pasando por Halle, el cuerpo sería escoltado a Wittenberg por los dos condes de Mansfeld y una gran cabalgata de jinetes, y sería enterrado cerca del pulpito en la iglesia del Castillo de Wittenberg. El cuerpo de Lutero sería así enterrado entre un grupo selecto de príncipes, incluyendo a los electores Federico el Sabio y Juan el Constante, en la misma iglesia donde él había colocado sus 95 Tesis al comienzo de su carrera.

La procesión se movía lentamente, atravesando las entristecidas aldeas, al tocar las campanas tristemente, en cada una, los jóvenes y los viejos se congregaron para juntarse a la procesión. En Halle, Lutero estuvo de cuerpo presente por una noche en la iglesia, y la congregación lloró en vez de cantar el Salmo 130, que Lutero había puesto en verso. El cortejo no llegó a Wittenberg hasta temprano el lunes veintidós de febrero.

En la Puerta de Elster, una gran multitud de notables de la ciudad y de la universidad, estudiantes y ciudadanos se congregaron para rendir el final homenaje al estimado reformador. Catalina y su hija, consoladas por íntimos amigos, se acercaron lentamente a la procesión.

Catalina se dejó llevar pasivamente a un coche que esperaba, y en él siguió el ataúd de su querido esposo, cuyo rostro ya no vería nunca más en la tierra.

Después de pasar el Monasterio Negro, el cortejo fúnebre entró en la Iglesia del Castillo, donde, entre sollozos y llanto, el doctor Melanchton pronunció un conmovedor discurso en latín en nombre de la Universidad, y el doctor Bugenhagen dirigió el servicio para el entierro. Después, un grupo de estudiantes depositó los restos en su última morada.

Durante todo el servicio, la desconsolada Catalina, estuvo sentada sin una sola lágrima, mientras pasaban por su mente visiones de queridos momentos de días anteriores. Ante todo, recordaba la ocasión cuando Lutero le aconsejó aprender de memoria el Salmo 31, como consuelo en los tiempos de dolor y de apuro. De nuevo trató de alcanzar el sostén ofrecido por las palabras: "Sé tú mi roca fuerte...", para enfrentarse a la soledad que le quedaba por delante.

## CAPÍTULO IX

### LOS AÑOS DE SOLEDAD

La viudez a cualquier edad presenta problemas abrumadores. Además de la soledad causada por la pérdida de un ser querido, hay la frustración y la adaptación a problemas económicos al igual que sociales. Una vez que la presencia de Lutero había desaparecido, la vida de Catalina se convirtió en una triste existencia y una lucha contra necesidades e inquietudes persistentes. El amable faro de prestigio ya no estaba concentrado en ella; en su lugar, había únicamente sombras. La extensión de su desamparo se refleja en una carta a su cuñada Cristina. Es uno de los pocos conceptos que han quedado escritos por la mano de Catalina. Escribía así:

*"¡Querida y afectuosa hermana:*

*Puedo creer muy fácilmente que nos acompañas con el más sincero sentimiento a mí y a mis hijos. Porque ¿quién no lamentaría la pérdida de un hombre tanpreciado como mi querido señor, que sirvió no solamente a una ciudad ni a un solo país, sino a todo el mundo? Por esta razón estoy tan abrumada con penas que no le puedo hablar a nadie de mi angustia, y casi no sé qué pensar ni cómo me siento. No puedo comer ni beber ni tampoco puedo dormir. Si hubiera yo sido dueña de un principado o un imperio, no me hubiera causado tanto dolor perderlos, como me lo ha causado que el Señor Dios me ha quitado —y no sólo a mí sino a todo el mundo— a este querido ypreciado hombre. Cuando pienso en lo que ha pasado, Dios bien lo sabe, mis lágrimas y mi dolor me impiden hablar o escribir.*

*Catalina,*

*la viuda del doctor Martín Lutero que ha quedado atrás!"*

Pero el dolor que Catalina sufría no podía conquistar completamente su indomable espíritu. Una vez más, todas sus energías se concentraron en maneras de ganarse el sustento para sí misma y para sus hijos. A pesar de lo mucho que Lutero la había amado y había<sup>1</sup> tratado de mantenerla mediante su testamento, el esfuerzo falló. La ley de Sajonia, que Lutero no había tomado en consideración, no reconoció vigente su testamento. El canciller Bruck aconsejó a Catalina enviar a los muchachos a la escuela, vender la propiedad, devolver el Monasterio Negro al Elector, y, con su hija, vivir modestamente con la pensión suministrada por el Elector. Pero ella insistió en quedarse con el Monasterio Negro, en dar alojamiento a estudiantes huéspedes, y en alquilar cuartos. Únicamente por la intercesión del Elector Juan Federico pudo Catalina recibir un donativo de 2,000 florines para la compra de una propiedad en Wachsdorf, que sería repartida por igual entre los hijos. Catalina cultivaría y cosecharía en esa tierra. Los condes de Mansfeld y el rey de Dinamarca también prometieron una contribución para ayudar a la viuda. Desafortunadamente, como estalló la guerra de Esmalcalda, las pensiones no se materializaron hasta después.

## A. LAS MISERIAS DE LA GUERRA

La profecía de Lutero acerca de los tiempos malos se hizo realidad en el mismo año en que murió. Los primeros informes de invasiones de territorio luterano por fuerzas católicas llegaron a fines de la primavera de 1546, y para noviembre de ese mismo año, amenazaban la ciudad de Wittenberg, que se consideraba el baluarte del protestantismo en Sajonia. El miedo que las fuerzas invasoras habían creado antes de su llegada pesaba todavía más que su celo militante. Catalina permaneció en Wittenberg tanto tiempo como le fue posible, pero los informes de las crueldades cometidas a los hijos de partidarios luteranos, y las amenazas contra los luteranos lanzadas por tropas españolas e italianas en su extremado celo, al fin y al cabo la convencieron de que tenía que huir. Junto con las familias de Melancton y otros líderes luteranos, los Lutero escaparon primero a Magdeburgo y luego a Braunschweig. A pesar de la miseria, Catalina se las arregló para compartir sus escasas provisiones de comida con el doctor Mayor y sus diez hijos huérfanos de madre. Una nota de alegría durante esa época fue el inesperado recibo de los tardíos donativos del rey Cristian II de Dinamarca. Catalina los compartió inmediatamente con los doctores Melancton y Bugenhagen.

A principios de la primavera de 1547, cuando por un breve tiempo el curso del conflicto parecía haber cambiado en favor de las fuerzas protestantes, Catalina regresó a Wittenberg, sólo para enfrentarse una segunda vez con la necesidad de huir de nuevo a Magdeburgo y pedir refugio. Catalina hasta había pensado en buscar refugio en Dinamarca, lugar donde el monarca les había prometido protección a ella y a sus hijos. Inició el viaje hacia el norte, pero siguiendo el consejo del duque Francisco de Luneberg, quien veía el viaje demasiado peligroso a causa de la presencia de fuerzas armadas en los territorios intermedios, regresó a Braunschweig.

Wittenberg fue capturado por el ejército imperial en mayo, y el emperador, cuando entró en la ciudad, exigió ver la tumba de Lutero. Sin embargo, no destruyó la sepultura, como habían amenazado previamente los soldados españoles e italianos que harían.

Antes de un mes, se le pidió al rector de la Universidad que reactivara la Universidad de Wittenberg, y Catalina también fue invitada a regresar a salvo al Monasterio Negro. A fines de julio de 1547, ella regresó una vez más a Wittenberg con el corazón sobrecargado y con mucho menos pertenencias. El Monasterio Negro había sido salvado de la destrucción y había sido mantenido en buenas condiciones durante el periodo del sitio por el fiel Wolfgang. A pesar de su mala salud, permaneció fiel a su fallecido señor, pero murió poco antes del regreso de Catalina.

Wachsdorf y Zulsdorf, que quedaban a lo largo de la ruta principal seguida por ambos ejércitos, no fueron tan afortunados como el Monasterio Negro. El enemigo había confiscado y matado el ganado, destruido la cosecha y reducido a cenizas muchos de los graneros y los establos. Tanta destrucción había tenido lugar en remotos campos de cultivo que las familias campesinas al regresar estaban absortas en sus propios problemas. Por lo tanto, la gente tenía mal genio, y muchas veces no hubo consideración para con la difícil situación de Catalina. También había disputas amargas sobre linderos de las tierras en Zulsdorf. Bajo condiciones normales estos asuntos hubieran sido resueltos en una discusión amigable, pero ahora la gente se enredaba en pleitos largos y enconados.

Sin embargo, la desesperación no era la solución. Por eso Catalina, con sus cuatro hijos y su sobrino, Florian, restablecieron la casa de huéspedes. Pero otra vez se encontró cara a cara con la desilusión, ya que Wittenberg había perdido algo de su prestigio como ciudad universitaria. Los colegios que recientemente se habían establecido en Leipzig y Jena atrajeron a muchos estudiantes. Además la mesa de Catalina ya no podía ofrecer la oportunidad de conversar con Lutero y con otros eruditos, y tenía que competir con las casas de huéspedes de los pueblos vecinos. Catalina se vio

obligada a conseguir un préstamo sobre las propiedades que quedaban y a escribir al rey de Dinamarca pidiéndole ayuda, a pesar de que Bugenhagen y Melancton ya le habían escrito en vano a ese monarca. Su súplica quedó sin contestación.

Si en días anteriores Catalina había experimentado la satisfacción de saber que su hogar era "una casa parroquial y un refugio protestante", ahora se sentía abandonada, como se han sentido muchas viudas de pastores protestantes desde aquella época en adelante. Amigos de muchos años habían muerto o se habían mudado. La disensión dentro de la Iglesia Luterana, y la fría actitud oficial de las autoridades civiles no ayudaba a mejorar la situación. En enero de 1552, Catalina se vio obligada otra vez por la necesidad y la desesperación a humillarse y escribir otra carta suplicante a Cristian de Dinamarca. Le recordaba otra vez a Su Majestad la estimación y lealtad mutua que ella y su famoso esposo habían tenido para con él. Le reiteraba su gratitud por la benevolencia que el monarca danés y su reina le habían otorgado a su familia en el pasado. Describió de manera conmovedora cómo su presente apuro era uno en que "mayor daño han causado los amigos que los enemigos. Para explicar esto en detalle, se requeriría demasiado tiempo de Sus Majestades. Me veo obligada a buscar su compasión, ya que recientemente se me ha hecho sentir como una proscrita a quien no se le debe mostrar ni comprensión ni compasión".

Aún en la educación de sus hijos de acuerdo con los planes y las ambiciones de su esposo, Catalina experimentó algunos contratiempos. Cuando quedaron huérfanos de padre, Hans, el mayor, tenía veinte años; Martín tenía quince, Pablo, trece, y Margarita, doce. Para impulsar la carrera de leyes de Hans, Catalina empleó todas sus fuerzas de persuasión para obtener una beca para sus estudios en la Universidad de Koenigsberg bajo los auspicios del amable soberano de Prusia. Jonas, al igual que Melancton, escribieron cálidas cartas de recomendación. Como resultado, Catalina logró esta primera oportunidad para su hijo. Después de estudiar Hans durante dos años en Koenigsberg, Catalina de nuevo suplicó que se le ayudara a hacer estudios adicionales en Italia o en Francia, ya que tal educación le daría aún más prestigio en una carrera de jurisprudencia. La respuesta del duque resultó ser un duro golpe. Hans, decía, no era un estudiante superior y tampoco había mostrado la habilidad de comportarse de manera diplomática. Por eso no podía suscribir su educación en el extranjero, pero Hans podía seguir en Koenigsberg. Con la desilusión de su madre, Hans finalizó sus estudios en Koenigsberg y regresó de mala gana a Wittenberg. Más tarde se le dio un puesto rutinario en el servicio del gobierno en Weimar. El hecho de que Martín y Pablo progresaban favorablemente como estudiantes de teología y medicina respectivamente, y Margarita se estaba convirtiendo en una atractiva señorita, todavía no compensaba la desilusión que Catalina sentía por lo sucedido con su primogénito.

Las guerras de Esmalcalda terminaron finalmente en todas partes excepto en Sajonia. En Wittenberg los soldados estaban alojados en casi todos los hogares. El comportamiento de las tropas y sus demandas absurdas crearon sospechas y temores entre la gente del pueblo. Se consideraba peligroso el ir y venir dentro de los límites de la ciudad, y el pasearse fuera de los muros era inconcebible. Se difundían historias de atrocidades y de asesinatos. Eran en vano los esfuerzos de los más resueltos por restaurar la productividad de sus tierras, porque el saqueo y el asolamiento continuaban.

Con tales contratiempos, hasta la fuerte constitución y determinación que Catalina había poseído toda su vida mostraron señas de quebrantarse. Los ataques de la enfermedad y la debilidad se hicieron más frecuentes. Sin embargo, su espíritu podía encontrar consuelo cuando ella recordaba los puntos culminantes de los años pasados con su esposo. Esos recuerdos eran muchas veces provocados por las pruebas que la rodeaban de que había obras de Lutero que lo sobrevivían. Cada escuela de una ciudad o de una aldea por la que pasaba, y cada iglesia en la que entraba, resonaban con las propias palabras de Lutero, con su catecismo, su liturgia, su vibrante traducción de la Biblia

y los himnos que había compuesto. Esos momentos reafirmaban la vital contribución que su esposo había hecho para la formación de un nuevo mundo.



## CAPÍTULO X

### LA CITA CON EL DESTINO EN TORGAU

Después de causar estragos durante seis largos años, la guerra por fin llegó a su término en 1552. Los habitantes de Wittenberg lanzaron un suspiro de alivio al ver que las tropas se marchaban. Pero pronto se dieron cuenta de que las guerras habían dejado una horrible consecuencia: la peste.

Los estrechos confines de Wittenberg, además del calor de un verano precoz, pronto hicieron que la enfermedad llegara a proporciones epidémicas. Ya para el primer día de junio se consideró aconsejable cerrar la universidad. Poco después el pueblo de Torgau ofreció refugio a Catalina y a su familia. Pero ella decidió permanecer en Wittenberg para acomodar a aquellos de sus huéspedes que tenían que completar horarios de estudio privado. Además, se sentía comparativamente inmune dentro del Monasterio Negro. Para el otoño, sin embargo, el contagio se había extendido inclusive a esta fortaleza. Con Pablo y Margarita, Catalina metió rápidamente sus pocas pertenencias en un coche y se dirigió hacia la seguridad de Torgau.

Casi habían llegado a su destino cuando les ocurrió una catástrofe. Los caballos se asustaron de repente y se desbocaron. Al intentar desesperadamente contenerlos, Catalina saltó del coche, perdió el equilibrio y se cayó en una zanja profunda llena de agua helada. El choque emotivo, la exposición al frío y las lesiones internas que resultaron fueron en última instancia fatales.

En Torgau, la familia se alojó en una casa en la esquina de una calle estrecha, que luego recibiría el nombre de "Katharinenstrasse". (Calle de Catalina).

Atendida por la dueña de la casa y por Margarita, que ahora tenía dieciocho años, Catalina tardó tres meses en morir. Recibió varios rayos de ánimo durante estos últimos días. Sin duda, recordaba la ocasión de la primera visita a Torgau con las otras monjas liberadas, y los momentos subsecuentes de orgullo cuando acompañó después a su esposo en sus numerosas visitas a esa ciudad como predicador huésped. Hacía sólo ocho años que había estado presente cuando Lutero dedicó la Iglesia del Castillo en Torgau como la primera "Iglesia Evangélica" de Alemania. Además, pudo estar presente para el compromiso de Pablo con Ana von Warbeck, a quien admiraba mucho.

Catalina no vivió para presenciar la boda. Después de soportar el dolor valientemente, murió el 20 de diciembre de 1552, a la edad de cincuenta y tres años. Melancton notificó a la Universidad de Wittenberg y en un largo anuncio en latín subrayó las dificultades y los sufrimientos de los últimos seis años de Catalina. Comentó tristemente que muchas veces Catalina sufrió las mayores desilusiones con aquellos de la iglesia y de la universidad en quienes había puesto sus más elevadas esperanzas. Para su tema, escogió la siguiente cita del dramaturgo griego Eurípides: "No hay desgracia ni destino ni sufrimiento ordenado por Dios o descrito por el hombre que seres humanos no experimenten durante su vida". Podía haber usado la expresión previa de Lutero que había sido escrita en tosco alemán para reflejar similares sentimientos: "La gente es ruda; el mundo, ingrato". Para concluir, Melancton rogó a los estudiantes que honraran la fe y la piedad excepcional de Catalina, al participar en los servicios conmemorativos. Al principio, él había criticado el matrimonio de Lutero y de Catalina, pero había llegado al punto de apreciar las excelentes cualidades de esta mujer extraordinaria. Los profesores y los estudiantes de la universidad respondieron organizando una gran delegación para asistir al entierro. Al día siguiente, el cortejo de Catalina, seguido por una larga procesión de dolientes, se encaminó lentamente por las calles de Torgau a la Iglesia de Santa María. Ahí después de un último adiós por el coro de niños, Catalina fue sepultada bajo el triforio.

La hija y los tres hijos de Catalina lloraron la muerte de su madre, que había dedicado los difíciles años de su viudez al bienestar de ellos. Ella se hubiera sentido muy contenta con los acontecimientos de la vida de sus hijos durante el siguiente decenio. Todos se casarían al poco tiempo: Pablo con Ana von Warbeck; Hans con Isabel Cruciger, a quien Catalina conocía, pues era hija del hombre que Lutero había seleccionado como sucesor para la Iglesia del Castillo de Wittenberg; Margarita con Jorge von Kunheim de Koenigsberg, que había sido estudiante en Wittenberg, posiblemente hasta huésped en la mesa de los Lutero; y Martín con la hija del burgomaestre Heilinger de Wittenberg. Los descendientes de su hijo Pablo y de su hija Margarita transmitirían el linaje de la familia a lo largo de los siglos y a través del Atlántico. Pablo alcanzaría éxito en su carrera médica y con el tiempo sería médico de la corte, primero en Brandenburgo y luego en Sajonia.

Los hijos de Catalina colocaron después una lápida conmemorativa sobre la tumba de su madre, que llevaba su retrato en relieve. La inscripción traducida aquí del alemán, dice:

Diciembre 20, 1552:

Dormida en Dios aquí en Torgau yace la piadosa viuda

sobreviviente del doctor Martín Lutero

Catalina von Bora.

El período de liberación de Catalina para hacer la obra de Dios en el mundo, más bien que en el aislamiento de un convento, había comenzado el día de Resurrección en la Iglesia de Santa María en Torgau. Ahora había llegado a su fin en el mismo lugar. Pero la tradición que Catalina había iniciado para la casa parroquial protestante sigue viviendo a través de los siglos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bainton, Roland H. *Here I Stand: A Life of Martin Luther*. Nashville: Abingdon, 1950.
- Beste, August F. Wilhelm. *Die Geschichte Catharina von Bora: Nach den Quellen bearbeitet*. Halle, 1843.
- Clemen, Otto. *Martin Luther - Briefe an seine Käthe*. Berlin: Evangelische Verlagsanstalt, 1958.
- Dallmann, William. *Martin Luther: His Life and His Labor for the Plain People*. St. Louis: Concordia Publishing House, 1917. ed. rev., 1951.
- Dentler, Clara Louise. *Katharine Luther of the Wittenberg Parsonage*. Philadelphia: The United Lutheran Publication House, 1924.
- Ebon, Martin. *Last Days of Luther*. Garden City: New York, Doubleday, 1970.
- Fey, Carl. *Luthers Käthe*. (Volkschriften des Evangelischen Bundes, cuaderno No. 20.) Berlin: Verlag des Evangelischen Bundes, 1925.
- Freitag, Gustav. *Doctor Luther*. Traducido por G. C. L. Riemer. Philadelphia: The Lutheran Publication Society, 1916.
- Friedenthal, Richard. *Luther*. Traducido por John Nowell. London: Weidenfeld and Nicolson, 1967.
- Heller, Joseph. *Lucas Cranach's Leben und Werke*. Nürnberg: J. L. Lotzbeck, 1854.
- Kleeberg, M. A. and Lemme, Gerhard. *In the Foot-steps of Luther*. St. Louis: Concordia, 1964.
- Kooiman, W. J. *By Faith Alone: The Life of Martin Luther*. Traducido por Bertram Lee Wolf. New York: Philosophical Library, 1955.
- Köstlin, Julius. *Life of Martin Luther*. New York: C. Scribner's Sons, 1900.
- Kroker, Ernst. *Katharina von Bora, Martin Luther's Frau: En Lebens und Charakterbild*. 5a edición, Berlin: 1959.
- D. Martin Luthers Werke: Kritische Gesamtausgabe. Weimar: Hermann Böhlaus Nachfolger. Briefwechsel, Vol. III, 1933; Vol. IV, 1933; Vol. XI, 1948.
- Lutherin, Katharina. *Vom Teppich meines Lebens: Eine Luther Chronik*. München: Koehlers Verlagsgesellschaft, 1960.
- Magirius, Heinrich. *Die Marienkirche zu Torgau* (Das Cristliche Denkmal, cuaderno 62). Berlin: Fritz Löffler, 1973.
- McGiffert, Arthur Cushman. *Martin Luther: The Man and His Work*. New York: D. Appleton-Century Co., 1939.
- Meurer, Moritz. *Luther's Leben aus den Quellen erzählt*. Leipzig : Justus Naumann Buchhandlung, 1870.
- Nietschmann, Hermán Otto. *Katharine von Bora: Dr. Martin Luther's Wife*. Traducido del alemán de Armin Stein (seud.) por M. Drisler en "The Sunday Guest," Vols. III y IV, 1881-1882.
- Roszberg, Rudolf Paul von. *Elbfahrt Dresden-Torgau* (Pequeño cuaderno viajero No. 48). Leipzig: VEB Bibliographisches Institut 1961.
- Schwiebert, E. G. *Luther and His Times: The Reformation from a New Perspective*. St. Louis: Concordia Publishing House, 1950.

Simon, Edith. *Luther Alive: Martin Luther and the Making of the Reformation* (The Crossroads of World History Series). Garden City, New York: Doubleday, 1968.

Smith, Preserved. *The Life and Letters of Martin Luther*. Boston: Houghton Mifflin, 2a ed., 1914.

Smith, Preserved and Jacobs, Charles M., editores y traductores. *Luther's Correspondence and Other Contemporary Letters*. Philadelphia: The Lutheran Publication Society, Vol. II, 1918.

Thoma, Albrecht D. *Katharina von Bora: Geschichtliches Lebensbild*. Berlin: G. Reimer, 1900.

Thulin, Oskar. *Die Wittenberger Lutherstätten*, Berlin: 1932.